

Capítulo II

Globalización y orden mundial

*Nos consolábamos a veces con comidas
a las que buenos amigos nos invitaban,
chismes, discusiones sobre Sartre, el estructuralismo
y esa broma que las derechas quieren universal,
saben pagar bien a sus creyentes, y la bautizan
posmodernismo*
Juan Carlos Onetti

Nos parece conveniente comenzar este capítulo con unas reflexiones clarividentes de los jesuitas latinoamericanos,⁵⁹ que hacen referencia a una porción importante de los temas que han sido objeto de análisis en este libro. Luego de detallar las medidas neoliberales aplicadas en el continente, de reconocerles algunos aciertos (elevar la oferta de bienes de mejor calidad y menores precios, reducción de la inflación, conciencia generalizada de las ventajas de la austeridad fiscal, incremento de las relaciones comerciales intrarregión), estos pensadores sociales afirman:

Pero estos elementos están lejos de compensar los inmensos desequilibrios y perturbaciones que causa el neoliberalismo en término de concentración de los ingresos,⁶⁰ la riqueza y la propiedad de la tierra; multiplicación de masas urbanas sin trabajo o que subsisten en empleos inestables y poco produc-

⁵⁹ Superiores Provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina, *El neoliberalismo en América Latina*, Santiago de Chile, mayo de 1997.

⁶⁰ Un 20% de los habitantes del planeta gozan de más del 82% del ingreso mundial, mientras el 60% de la población sobrevive con menos del 6% del ingreso mundial. Los países ricos, con menos de un cuarto de la población mundial, consumen el 70% de la energía en el planeta, el 75% de los metales, el 85% de la madera y el 60% de los alimentos (PNUD, *Informe sobre Desarrollo Humano*, Ginebra, 1997).

tivos; quiebras de miles de pequeñas y medianas empresas; destrucción y desplazamiento forzado de poblaciones indígenas y campesinas; expansión del narcotráfico basado en sectores rurales cuyos productos tradicionales quedan fuera de competencia; desaparición de la seguridad alimentaria; aumento de la criminalidad provocada no pocas veces en el hambre; desestabilización de las economías nacionales por los flujos libres de especulación internacional; desajustes en comunidades locales por proyectos de empresas multinacionales que prescinden de los pobladores.

Detrás de esta racionalidad económica hay una concepción del ser humano que delimita la grandeza del hombre y la mujer a la capacidad de generar ingresos monetarios; exacerba el individualismo y la carrera por ganar y poseer; en muchos casos desata la codicia, la corrupción y la violencia; y al generalizarse en los grupos sociales, destruye radicalmente la comunidad.

Se impone así un orden de valores donde prima la libertad individual para acceder al consumo de satisfacciones y placeres; una libertad que rechaza cualquier interferencia del Estado en la iniciativa privada, se opone a planes sociales, desconoce la virtud de la solidaridad y sólo acepta las leyes del mercado.

Por el proceso de globalización de la economía esta manera de comprender al hombre y la mujer penetra nuestros países con contenidos simbólicos de gran capacidad de seducción; gracias al dominio sobre los medios de comunicación de masas, rompen raíces de identidades culturales locales que no tienen poder para comunicar su mensaje.

La injusticia estructural del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una cultura moderna (posmoderna) que está teniendo impacto mundial; al decir que el mercado es correcto y justo lo convertimos moralmente en legitimador de actividades cuestionables, hacemos que desde el mercado se defina la vida y la realización humana; al desaparecer el objetivo del bien de todos, desaparece el sentido del

hogar común o público, los partidos políticos como propuesta de construcción de sociedad y nación pierden razón de ser; la mujer pasa a ser simplemente fuerza de trabajo más barata, la naturaleza se convierte en una fuente de enriquecimiento rápido para las generaciones presentes, el campesino es un ciudadano ineficiente que tiene que migrar.

No es de extrañar que, en este contexto, donde la comunidad es irrelevante y el bien común inútil, la violencia se acrecienta, la producción y el consumo de droga se disparen y se refuercen los elementos más contrarios a la realización humana contenidos en la cultura actual, mientras se dejan de lado los aportes más valiosos de la modernidad y la posmodernidad.

Posindustrialismo y cambio tecnológico

El saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las
sociedades entran en la edad llamada posindustrial
y las culturas en la edad llamada posmoderna
Jean-François Lyotard

El siglo XX trae consigo los rasgos oscuros del totalitarismo que suspende la tendencia progresista que se inicia en la Ilustración y hecha por tierra la esperanza de humanizar la convivencia social entre los sujetos, que la modernidad había convertido en individuos. La violencia y la barbarie son signos de la primera mitad del siglo XX: “de Horkheimer y Adorno (...) hasta Heidegger, Foucault y Derrida, los rasgos totalitarios del siglo se han convertido en un instrumento de los mismos diagnósticos. Pero a estas interpretaciones negativas (que se dejan atrapar por el horror de las imágenes) se les escapa el reverso de las catástrofes”.⁶¹

En efecto, este *shock* en los pueblos que participaron o fueron afectados por la masacre, si bien necesitaron decenas de años para ser conscientes de la dimensión de lo que les había tocado vivir, se embarcaron en la búsqueda de producir un viraje hacia una situación mejor, la misma que se da a partir de 1945. Pero bien es cierto que la derrota del fascismo se anuncia en la cita que se dieron en España, para defender la República, liberales y fuerzas de izquierda y revolucionarias. De todos modos, lo que importa es que se produjo un clima cultural que llegó a florecer

⁶¹ J. Habermas, “Nuestro breve siglo”, en sitio web: www.noucycle.org.

en las artes y que constituyó la base de un período de bonanza de tres décadas (*les trente glorieuses*, lo llaman los franceses) que permitieron cambiar el rostro del último siglo: surge la guerra fría, la descolonización y se instala el estado de bienestar como ideal político-económico.

Al final de los años 60 y comienzos de los setenta, algunos prominentes científicos sociales produjeron una serie de reflexiones sobre la sociedad contemporánea a la que calificaron como sociedad posindustrial, diferenciándola de las sociedades capitalistas subdesarrolladas por su grado de desarrollo industrial y la condición socioeconómica de su población.⁶² Alvin Toffler alertaba sobre el tremendo cambio que esto significaba, sobre la difícil transición a la que se asistía, y evaluaba que el cambio tenía la magnitud que había tenido el paso de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Bell, al describir la nueva sociedad posindustrial ponía de relieve la preeminencia del conocimiento teórico como fuente de valor agregado y multiplicador del desarrollo, en el cual se incluían los nuevos avances de la tecnología de la información. De este modo, la fuente del progreso de la nueva sociedad se definió a partir de los métodos para adquirir, procesar y distribuir la información. Concepto de sociedad de la información que se ajustaba bien a la tradición moderna, al mantener viva la fe en la racionalidad y el progreso.

Sin embargo, estas discusiones alentaron los estimulantes debates que se produjeron en la década del 70; surgieron a la vista los posibles defectos de la sociedad posindustrial: se advertía que existían límites al crecimiento, provenientes de la incapacidad de la sociedad para sostener un crecimiento indefinido y mantener una política democrática de distribución de los beneficios. Volvía Malthus y

⁶² Los teóricos más conocidos del posindustrialismo son Peter Drucker (*The age of discontinuity*, publicado en 1969), Alvin Toffler (*Future shock*, 1970) y Daniel Bell (*The Coming of post-industrial society*, 1973).

el sentimiento de crisis reemplazaba al optimismo de la inmediata posguerra. Los partidos conservadores de derecha capitalizaron este pesimismo naciente predicando el regreso a valores victorianos y el retorno al *laissez-faire*. La élite conservadora exigió el abandono inmediato de la planificación y de la intervención estatal keinesiana, las características más evidentes del arreglo institucional que se había fraguado desde 1945 y que constituía la premisa clave de la idea posindustrial. Por su parte, los partidos de izquierda, sorprendidos por el incipiente “capitalismo popular”, analizaron esta nueva etapa del capitalismo, a la que denominaron “posfordismo”, sobre la base de la nueva división social del trabajo.

Contemporáneamente a estos desarrollos de la teoría económica surgen las nuevas ideas posmodernas. Esta nueva corriente filosófica (que se nutrió del pensamiento de no pocos teóricos posmarxistas), en su vocación de crítica deconstructiva, pretende abarcar todos los ámbitos del cambio (cultural, social, político y económico). En este sentido, los postulados implícitos en el posfordismo, pero también en el concepto de la sociedad de la información, han sido reducidos a simples componentes de este ambicioso proyecto de desarrollo conceptual, que refleja el eclecticismo de la época. Sus críticos advierten que sus postulados heterodoxos y elusivos conducen con excesiva frecuencia hacia el círculo de la autorreferencialidad. No obstante, muchas de las formulaciones y críticas realizadas bajo la cobertura posmoderna tienen la virtud de atraer irremisiblemente la atención del público culto, frente a la condición contemporánea de incredulidad y subjetivismo.

La fragmentación y el pluralismo postulados por las ideas posmodernas están ligadas, sin duda, con los cambios en la organización del trabajo y la tecnología que había señalado la teoría posfordista. Y, del mismo modo, también pueden establecerse claras relaciones con el debilita-

miento del Estado-Nación y una cierta pérdida de legitimidad de las culturas nacionales, como ya fuera señalado. El carácter global de los fenómenos que impactan en la vida política, económica y cultural, tampoco les es ajeno: una consecuencia inesperada de la globalización ha sido la renovada importancia que ha adquirido lo local y la tendencia a valorizar y estimular las culturas étnicas y regionales (“*think globally, act locally*”, es desde los 80 la divisa de los ejecutivos de los reconcentrados conglomerados empresariales multinacionales). Eso significa que las instituciones y prácticas típicas del Estado-Nación ya no parecen ser viables: los partidos de masa tradicionales ceden su lugar a los nuevos movimientos sociales, basados éstos en el género, la raza, la localidad, la orientación sexual o la edad. Las identidades colectivas que se fundamentaban en la experiencia de clase social o de la vida laboral tienden a disolverse en formas cada vez más plurales y privadas (la idea de una cultura o identidad nacional pierde vigor) que van convirtiéndose en polos de organización colectiva. La sociedad posmoderna se declara multiétnica y multicultural, y promueve la llamada política de la diferencia. Pero al mismo tiempo, como ya fue dicho, surgen partidos neofascistas y se multiplican los reclamos de protección contra la invasión del trabajador extranjero.

El desarrollo de la globalidad de contenidos así como la internacionalización de la economía y de la cultura (sobre todo la norteamericana) inciden en las sociedades al minar las culturas nacionales pero, al mismo tiempo, como desafían las estructuras y culturas locales, logran movimientos de reforzamiento de tradiciones localistas. Asimismo, se advierten ciertos cambios en las características de las concentraciones urbanas que se habían impuesto en la modernidad: si ésta había provocado la concentración urbana, el neoliberalismo de la época posmoderna facilita el

movimiento de desconcentración urbana, de descentralización laboral y administrativa.

Respecto del siglo que concluyó, consideramos necesario recordar unos párrafos del historiador conservador Paul Johnson:

mientras que en la época del Tratado de Versalles (1919) la mayoría de las personas inteligentes creía que un Estado más poderoso podía aumentar la felicidad de los hombres, hacia los años '90s esa opinión no merecía el apoyo de nadie, salvo el de un grupo reducido, decreciente y desanimado (...) la acción oficial había sido la causa de la muerte violenta o antinatural de unos 125 millones de personas a lo largo del siglo, quizás más de lo que había logrado destruir a lo largo de toda la historia humana hasta 1900.⁶³

La caída del Muro de Berlín en 1989, símbolo del fin de la Guerra Fría, hacía presagiar para no pocos optimistas que la bipolaridad se tornaría en multipolaridad: Europa, con una Alemania unificada, aceleraba su proceso de integración a través de la adopción de una serie de normas tendientes a una mayor homogeneización del espacio europeo, al punto de poner en vigor una moneda única; un Japón innovador y con fuerte crecimiento económico era percibido como locomotora del sudeste asiático. Hoy, ya entrado el siglo XXI, estos dos polos que debían restar capacidad de manejo y control exclusivo a Estados Unidos en los grandes temas mundiales (economía, comercio, finanzas, innovación científico-tecnológica, cultura), compitiendo en paridad con los EE.UU. para dar forma al nuevo orden mundial de la posguerra fría, han cedido plenamente al esquema de “paz americana” que impone el nuevo gendarme mundial.

Según el historiador posmarxista Hobsbawm, la de la posguerra (hasta los años 80) fue una época dorada, a la que algunos (principalmente desde la izquierda) percibieron

⁶³ Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Vergara, Buenos Aires, 2000.

cerca del fin con la caída del Muro de Berlín y de la URSS, en 1989: “El corto siglo XX termina con problemas para los que nadie tiene una solución, ni parece tenerla. Mientras los ciudadanos del fin de siglo se abrieron un camino a través de la niebla global rumbo al tercer milenio, sólo sabían con certeza que una época histórica llegaba a su fin. No sabían mucho más que eso. Los antiguos problemas de la paz y de la seguridad internacional, de las desigualdades económicas entre Norte y Sur, así como el peligro de los desequilibrios ecológicos eran, desde entonces, de naturaleza global”.⁶⁴ La reforma y reducción del estado de bienestar social fue el efecto inmediato de una política orientada hacia la oferta, que impone privatización de activos estatales, desregulación de mercados, reducción de subvenciones, facilitación de la inversión que implica reducción de impuestos y ablandamiento de controles, y políticas anti-inflacionarias en lo fiscal y monetario. Los costos sociales emergentes de estas políticas neoliberales no tardaron en hacerse sentir, luego de un boom de consumo inicial, y es que las crisis siempre latentes que un Estado fuerte y regulador en lo económico-social había logrado conjurar, se hacían presentes con todo su dramático efecto social: desempleo, profundización de desigualdades sociales, exclusión. Pero, además, la crisis se vuelve política y moral: la falta de solidaridad social termina destruyendo la cultura liberal que, y al decir de Habermas, es un proyecto universal imprescindible para las sociedades democráticas. Se trata de advertir que en ese clima resurge una atmósfera favorable a los proyectos de la derecha populista.

El neoliberalismo, la globalización y sus consecuencias perversas nos llevan a una situación sobre la cual es difícil encontrar una salida: conservar la capacidad competitiva de una economía nacional en un mundo altamente interdependiente, conectado y extremadamente competi-

⁶⁴ J. Habermas, artículo cit.

tivo, sin caer en fracturas sociales ni quiebre de las libertades y garantías fundamentales del hombre, en un marco institucional doméstico donde el Estado parece haber perdido casi toda su capacidad de acción (ya no puede orientar su estrategia económica hacia la demanda, ni el proteccionismo —al menos si no es un país desarrollado—) que permitiría amortiguar la incesantes sacudidas de los mercados internacionales en la economía nacional. Habermas concluye que la globalización de la economía ha destruido la tradición histórica que hizo posible el compromiso del Estado con el bienestar social, que logró mantener los costos sociales en límites aceptables en las economías abiertas o capitalistas.

En el marco internacional, asimismo, resulta muy difícil de conciliar los intereses de los países posindustriales con los recientemente industrializados y los que continúan siendo países en desarrollo debido a las asimetrías que se profundizan en la sociedad global. La única esperanza del pensador alemán es el surgimiento de una conciencia de solidaridad cosmopolita entre las sociedades civiles (a través de ONG que trasciendan fronteras) y en los espacios públicos ampliados que presentan las opciones de integración económico-política con gobiernos supranacionales.

Es evidente que la panoplia de pos, neo, anti, hiper y otros prefijos reciclados (para tratar de nombrar y comprender al mundo y a los fenómenos contemporáneos) no solamente refleja la dificultad inherente y la falta de una cierta perspectiva o distancia necesaria para identificar y delimitar los fenómenos sociales que no cuadran en las definiciones tradicionales; sin duda, también expresa un estado de ánimo particular, la nostalgia que produce la pérdida de las certezas. Por ejemplo, cabría calificar de posmoderno al movimiento zapatista, pues no parece conformarse a los cánones establecidos de lo que es una guerrilla o un movimiento social tradicional, pero calificarlo de pos, neo, hiper,

etcétera, también revela la estrategia discursiva subyacente: agregar un valor de novedad a un fenómeno que deseamos presentar como singular... Y la novedad, hoy por hoy, es un valor en sí mismo. Si no, no estaría tan extendido en las técnicas de comercialización: de un tiempo a esta parte es difícil encontrar en la góndola de un supermercado un envase que no destaque la palabra “nuevo”.

La posmodernidad es un término polisémico, que incluso nos habla de un fin de la historia. Pero Jean Baudrillard manifiesta que ésta es probablemente la mayor de las ilusiones, porque “en el fondo, ni siquiera se puede hablar del fin de la historia, ya que no tendría tiempo de alcanzar su propio fin”. Cioran, por su parte, se refiere a la poshistoria:

el fin de la historia está inscripto en sus comienzos; la historia, el hombre presa del tiempo, llevando los estigmas que definen, a la vez, al tiempo y al hombre... Así como los teólogos hablan, y con justa razón, de nuestra época como de una época poscristiana, así se hablará un día de las ventajas y desventajas de vivir en plena poshistoria... El tiempo histórico es un tiempo tan tenso que es difícil no ver cómo podría no estallar.

El síndrome “fin de la historia” (Francis Fukuyama) pone de manifiesto el predominio en gran parte del pensamiento de los filósofos norteamericanos (Rawls, Nozick, Dworkin) de una concepción histórica eurocéntrica (por occidental) y judeocristiana, en donde se excluye al resto del mundo, salvo conversión al liberalismo democrático y económico. Cuando John Rawls es empujado al límite de su concepción de la Teoría de la Justicia (¿hasta dónde llega lo aceptable en el hombre?) se topa con los límites de la civilización occidental. Tanta necesidad de reafirmar los valores occidentales, en momentos en que la hegemonía norteamericana (campeón del occidentalismo) impone sus

reglas (su derecho interno) al mundo, ha llevado a reflexionar a Jacques Derrida sobre si el triunfo del capitalismo, coronado con su omnipresencia en los medios de comunicación, no se deberá a que nunca ha estado en una situación de tal fragilidad, donde la opinión pública occidental está cuestionando gravemente la tradición democrática. La agresión que está sufriendo el mundo islámico no coincide con la idea de superioridad cultural, ideológica, económica, científica que pregonan los campeones de Occidente. ¿Cuánto miedo se esconderá detrás de esa agresión?

Hegemonía norteamericana

*Los brasileños no votan,
sólo los Estados Unidos lo hace,
como en la antigua Roma
únicamente votaban los ciudadanos.*
George Soros,
en entrevista de *Folha de São Paulo*

Conscientes de su poder y apoyados en el orgullo de una economía floreciente, los Estados Unidos retoman su aspiración de regentar la política internacional, imponiendo lo que Brzezinski llama “*American global system*”. Estados Unidos es la única superpotencia mundial que domina las cuatro dimensiones clave del poder: militar, económico, tecnológico y cultural. Se constata que el papel que ha jugado su “musculosa” diplomacia en los últimos años ha sido determinante en la resolución de las cuestiones de mayor tensión internacional de los últimos tiempos⁶⁵ (aunque últimamente, luego del 11/09/2001, se han vuelto generadores de agresión). Así:

- definen la primera guerra del Golfo, haciendo que una amplia coalición internacional defienda sus intereses contra las pretensiones del Iraq de Saddam Hussein;
- reestablecen la democracia en Haití, restituyendo en el poder político al depuesto mandatario electo Jean-Bertrand Aristide;
- responden a las intimidaciones de Corea del Norte y lo fuerzan a dialogar con sus vecinos del Sur;

⁶⁵ F. A. Gardella, *op. cit.*

- reafirman su vigor militar cuando China amenazó a Taiwan realizando ejercicios bélicos muy cerca de las costas formoseñas;
- imponen los acuerdos de Daytona que frenaron la beligerancia en Bosnia, frente a la impotencia europea;
- otorgan el visto bueno para que las tropas de Kabila derroquen al régimen de Mobutu en Congo (ex Zaire);
- fuerzan a la Federación Rusa a firmar un acuerdo con la OTAN para extender la alianza militar occidental hacia el Este europeo;
- apoyan decididamente el diálogo lanzado por la administración Blair entre los independentistas católicos irlandeses, los protestantes proingleses y el gobierno de Gran Bretaña;
- no permiten la reelección del entonces Secretario General de la ONU Butros Butros-Ghali;
- rechazan las pretensiones de Francia de ubicar a un general europeo al frente del Comando Sur de las fuerzas de la OTAN;
- actúan permanentemente en el frente medio-oriental, ahora dando patente de corso a Sharon para poner de rodillas a los palestinos, “enemigos de la humanidad” en tanto consumados terroristas;
- continúan jaqueando a Cuba, extorsionando a los países latinoamericanos para que se sumen a esta lucha de Goliat contra David;
- bombardean masivamente a Afganistán en procura de la captura de un solo hombre, al que todavía no hallan, e imponen a ese país el gobierno de su conveniencia;
- amenazan con hacer otro tanto con Iraq, Sudán, Libia, Corea del Norte y con todo aquel país que albergue terroristas (definición que no corre por cuenta de la ONU o de un consenso internacional, sino de la maniquea visión de la CIA);

- castigan despiadadamente al que fuera su alumno modelo entre los PED, la Argentina, luego que lo forzaron por todos los medios a su alcance para que declarara el *default* —como se lo pedían los mercados financieros internacionales que ya habían hecho su apuesta— y la devaluación —para licuar la deuda de las grandes empresas—;
- crean una nueva condicionalidad en el FMI, quien pretende ingresar en el derecho interno de sus socios (imposición de la derogación de la ley de quiebras y de la ley de subversión económica del derecho interno argentino);
- Bush y gran parte de su gabinete salen indemnes del caso Enron, uno de los escándalos económicos individuales más graves de la historia de los EE.UU. (empresa que había financiado su campaña y repartido acciones entre su equipo de gobierno);
- imponen al mundo una medida de alto contenido proteccionista para el comercio internacional de productos agrícolas con la nueva *farm bill* (¡los subsidios agrícolas alcanzarán los 20 000 millones de dólares al año!);
- pese a todo (notablemente, los escándalos financieros como Enron, World Com, Xerox, etc., y la desaceleración de la economía doméstica) el partido de gobierno, Republicano, gana las elecciones de fines de 2002;
- el presidente Bush anuncia, en octubre de 2002, un cambio de doctrina militar; ha nacido la peligrosa y ambigua doctrina de “la guerra preventiva” que es aplicada contra Iraq (segunda guerra del Golfo), a partir del 20 de marzo de 2003, día del comienzo de los bombardeos norteamericanos.

Respecto del *affaire* Enron y subsiguientes, conviene citar la opinión del pensador francés Alain Minc, quien ha manifestado con acierto que en los recientes escándalos económicos y financieros del mercado estadounidense se proyectan las obras contrapuestas de dos grandes intelectuales

de comienzos del siglo XX: el economista Joseph Schumpeter y el sociólogo Max Weber. En efecto, si seguimos a Schumpeter, estos escándalos confirman que el “espíritu del capitalismo” vive avatares que son excesivos pero que también deben considerarse inherentes al capitalismo desarrollado, excesos provenientes de la pulsión por el enriquecimiento del “caballero empresario”. Por su parte, Weber podría contraponer los principios, la “ética capitalista”, que están en los fundamentos del modelo económico que da ciertos privilegios al capital: honestidad, esfuerzo de largo aliento, disciplina, rigor y rectitud del creyente protestante.⁶⁶

La crisis de la Argentina de fines del siglo XX y que se extiende hasta nuestros días es un caso digno de analizar en cuanto al poder de las finanzas internacionales sobre los países en desarrollo. La Argentina en los últimos 10 años se puso en una situación tan vulnerable que continuaba, hasta comienzos del año 2003, esperando la benevolencia de los organismos internacionales de crédito, y parecería todavía confiar en que aquellos países socios del FMI que poseen la mayoría de los votos en su asamblea se apiaden de los más de 17 millones de nuevos pobres (51% de la población) que habitan su territorio nacional. El avance en las condiciones que se le imponen es tal, que cuando el gobierno cree que ya las ha satisfecho surgen nuevos reclamos. Estos organismos (en particular el FMI) han llegado, incluso, a inmiscuirse en el derecho interno argentino, presionando para eliminar leyes y artículos en busca de un oasis de impunidad jurídica para banqueros, empresarios extranjeros y locales, custodios de intereses foráneos. Y lo han logrado.

Coincidentemente, se volvieron moneda corriente las propuestas de “expertos” de los Estados Unidos sobre la conveniencia de manejar la economía argentina desde el exterior. En estos ‘tiempos blandos’ en que vivimos parecería que

⁶⁶ A. Minc, en artículo “La bataille classique du capitalisme”, periódico *Le Monde*, Paris, 24/09/2002.

ya nada nos sorprenderá, ni siquiera la publicidad —firmada por sus autores— de propuestas directas de avasallamiento de la soberanía de un país independiente desde hace dos siglos: el filántropo George Soros, quien manifestó su deseo de ayudar a la Argentina haciéndose cargo del manejo de la recaudación fiscal; los preocupados Rudiger Dornbusch y Ricardo Caballero que parecen ofrecerse desinteresadamente como Ministros de Economía de la Argentina.

Ultimamente, el sensible Sebastian Mallaby, columnista del *Washington Post*, quien desde *Foreign Affairs* alienta acciones imperialistas directas sobre los que él llama *failed states* (estados fracasados), para el bien de sus inocentes poblaciones: “Los estados fracasados están cada vez más cautivos de un ciclo de pobreza y violencia. La solución, tanto para los Estados Unidos como para sus aliados, se encuentra en lograr que el imperialismo vuelva a ser deseado”.⁶⁷ Todo parecía apuntar al proyecto de establecimiento de una nueva forma de protectorado en la Argentina, bajo el siguiente lema: “¡Dios, perdónalos porque no saben lo que hacen!”. Quizá se trate de una propuesta neocolonialista, adaptada a nuestros tiempos posmodernos. Protectorado sin intervención militar directa, *light*, que cree que puede aprovecharse del desprestigio de la clase política, del desasosiego de las clases medias pero, por sobre todo, del miedo de ricos y poderosos locales como su base de apoyo (¡no hay mejor colaboracionista que un burgués asustado!).

La clase dirigente argentina es la principal, aunque no excluyente, responsable de la crisis económico-social, política y ética que sufre el país. La Argentina necesita renacer y ya está surgiendo, aunque aún inorgánicamente, una participación comprometida de la sociedad. Se trata de una incipiente solidaridad, creativa y sensible, orgullosa de poder

⁶⁷ Sebastian Mallaby, artículo “Failed states”, *Foreign Affairs*, March-April 2002.

ser protagonista de la refundación de la República. Esa nueva fuerza creadora encarnará, llegado el caso, la resistencia al atropello de su dignidad.⁶⁸

A fines de enero del año 2003 la “cuestión argentina” (el acoso al que fuera el mejor alumno del neoliberalismo en el tercer mundo) perdía interés frente a la preparación de la guerra al Iraq de Saddam Hussein y la amenaza nuclear de Corea del Norte, al tiempo que el gran censor de la “corrupta Argentina”, el secretario del Tesoro Paul O’Neil, perdía su puesto frente a su fracaso en el manejo de la economía norteamericana (cuyas multimillonarias estafas y escándalos financieros parecen no manchar su bandera), y que Europa presionaba fuertemente para dar un respiro a la Argentina, el FMI daba por cumplido el castigo de más de dos años y acordaba una carta de intención de corto plazo para salir del *default*.

La Argentina recupera plenamente la institucionalidad con la elección presidencial de mayo de 2003 (que ganó el gobernador de Santa Cruz Néstor Kirchner, del Partido Justicialista). Se instala un nuevo gobierno (frente al abandono en la segunda vuelta electoral de parte del neoliberal ex presidente Carlos Menem) que tiene el coraje de negociar con firmeza y dignidad con el FMI, y de plantear claramente a los acreedores privados que procederá a imponer un recorte del 75% a lo adeudado. Esta postura realista, ampliamente resistida al principio, va tomando visos de acuerdo hacia fines de 2003.⁶⁹ Si los acreedores se vieron favorecidos por altas tasas de retorno es

⁶⁸ F.A. Gardella, artículo “Dignidad” en diario *El Peruano*, Lima, 15/07/2002.

⁶⁹ Al punto que logrado el primer acuerdo con el FMI que habilitó al gobierno argentino a negociar con los privados, el Premio Nobel de Economía 2001, Joseph Stiglitz, comentó que “está claro que tiene más sentido usar el dinero en estimular el crecimiento, la inversión y la justicia social que mandar un cheque a Washington”, lo que fue recogido por la prensa mundial con titulares como “Modelo argentino

porque se estuvo pagando el riesgo que ellos asumieron al prestar dinero a un país de riesgo, explicó el presidente Kirchner. Y es que la Argentina remuneró convenientemente a los acreedores la posibilidad que una situación de inestabilidad o empobrecimiento pudiera hacer peligrar sus inversiones en bonos de la deuda argentina. Al momento que se redactan estas líneas, ese riesgo se volvió cierto debido a la difícil situación económica que atraviesa la Argentina, posibilidad que ningún acreedor puede manifestar que desconocía al momento de buscar altos réditos tomando deuda argentina.

El avance desembozado de las ideas imperialistas, presenta un nuevo episodio a través de un supuesto mentor de la “sociedad abierta”, a propósito del avance imparable en la carrera presidencial del Brasil del líder sindical Lula Da Silva, en el año 2002. Quien se dice discípulo del pensador austriaco, luchador de la libertad Karl Popper, comete una *boutade* tan extemporánea como reveladora del espíritu hegemónico norteamericano impregnado en casi toda la clase dirigente de los EE.UU. En efecto, el financista Georges Soros es consultado por el prestigioso matutino *Folha de Sao Paulo* sobre la situación económica internacional y las perspectivas del Brasil en ese escenario. Soros se sale del libreto propuesto por el periodista para exclamar su rechazo al avance de Lula, al punto que realiza una intromisión insultante en el proceso político brasileño (con el consecuente impacto negativo para el Brasil respecto de los mercados internacionales, siempre atentos a las predicciones del gran especulador húngaro): “Brasil está condenado a elegir como presidente al candidato oficialista Serra o a sumergirse en el caos... En el capitalismo moderno, global, sólo votan los norteamericanos, los brasileños no votan. Recuerde que en la Roma antigua sólo

marca futuras negociaciones con acreedores internacionales”, periódico *El Comercio*, Lima, 29/09/2003.

votaban los romanos”.⁷⁰ Es evidente que Soros no merece autodenominarse discípulo de Popper y, en todo caso, debería revisar sus apuntes de clase de la London School of Economics.

A la intención de los Estados Unidos de internacionalizar su derecho interno, su neoimperialismo y su ambigüedad respecto de la globalización, se suma su posición equívoca respecto de las organizaciones multilaterales en general y en particular, respecto de algunos convenios internacionales. En efecto, los EE.UU. no se integraron a los 178 países que, horas después de concluida la Cumbre del G-8 de Génova, firmaron en Bonn un acuerdo para evitar el recalentamiento del planeta,⁷¹ que justamente se estaba demorando por la negativa de ese país que lo considera perjudicial para su economía (siendo EE.UU. el país productor de mayores emisiones contaminantes). También están contra el Tribunal de Justicia Internacional, contra el Tratado sobre Misiles Antibalísticos, contra la Convención para Prohibir las Armas Biológicas contra el Tratado de Prohibición de Ensayos Nucleares.

Nueve días después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, el presidente George W. Bush declaraba, en solemne sesión del Congreso, la guerra al terrorismo internacional e incluía en las represalias a toda nación que cobijara organizaciones de este tipo. Convocada la OTAN y habiendo sido presentadas a sus miembros las “pruebas” que involucraban a la organización terrorista islamista Al Qaeda y al saudita Osama Bin Laden como el inspirador y financista de los ataques, se invocó el artículo del tratado constitutivo de la alianza militar del Atlántico Norte por el cual todas las partes concurren en ayuda del agredido. Bin Laden (financista del grupo político talibán que con-

⁷⁰ Retomado del periódico argentino *Clarín* del 02/05/2002, Buenos Aires (sitio www.clarin.com)

⁷¹ Ello revivió al Protocolo de Kyoto que establece una reducción global de las emisiones que producen el efecto invernadero en un 5,2%, entre 2008 y 2012.

trolaba Afganistán, entre quienes se albergaba), si bien saludó la acción, no aceptó ser el autor intelectual del hecho denunciado. En octubre, fuerzas de los Estados Unidos y del Reino Unido bombardearon copiosamente las regiones afganas controladas por los talibanes, en preparación de la invasión terrestre que no logró asegurar el éxito de la cacería de Bin Laden. Previamente, se desplegó una inédita ofensiva diplomática en busca de ampliar la alianza contra el terrorismo internacional, en la cual el presidente Bush y el primer ministro Blair se entrevistaron con mandatarios de las principales potencias.

La respuesta frontal al terrorismo fundamentalista islámico pudo así contar con el expreso apoyo de los socios de la OTAN, del resto de Europa Occidental, Rusia, China, Latinoamérica y del conjunto de la comunidad internacional a través de la ONU. Ante la emergencia, la administración estadounidense cambiaba urgentemente la dirección de su política exterior, hasta entonces desdeñosa de la negociación multilateral: el nuevo vector internacional parecía revalorar la eficacia de los acuerdos internacionales, sin que esta necesidad coyuntural lo lleve a la reconsideración de sus actitudes unilaterales. Resulta evidente que el fenómeno del terrorismo internacional requiere una respuesta basada en la cooperación entre naciones. Sin embargo, quien lidera esta nueva “cruzada” tiene una larga historia de alianzas contradictorias e inestables, tendencia que parece confirmarse en la actualidad: si los talibanes fueron apoyados —e incluso entrenados— por los Estados Unidos cuando eran “héroes de la libertad” por enfrentarse a la invasión soviética de la década del 80, si Iraq fue su aliado cuando enfrentaba al Irán de Ruhollah Khomeiny en la misma década, la Alianza del Norte afgana opositora a los talibanes sabe que no puede esperar una fidelidad de mediano plazo de parte de los EE.UU., como tampoco la dictadura paquistaní (seriamente enfrentada con la

India, un aliado más tolerante y que por lo tanto debería ser preferible para los EE.UU., por la zona de Cachemira —conflicto que está al borde del estallido—. ⁷²

La nueva doctrina Bush (“se atacará a Estados o grupos terroristas que amenacen la seguridad de los EE.UU... y, aunque se persiga el apoyo internacional, no se vacilará en actuar solo”), anunciada en septiembre del 2002, de “guerra preventiva” (y que continúa a la de algunos meses atrás: “strike first, explain yourself later”), viene a romper con cuatro siglos de tradición de “guerra justa”: “ya que no se puede confiar sólo en una posición reactiva, como se hizo en el pasado”, justificó insuficientemente el presidente Bush. En efecto, el Tratado de Westfalia (1648), que dio fin a treinta años de guerras religiosas en Europa, consolidó la doctrina del legítimo uso de la fuerza en defensa propia y vetó la posibilidad de recurrir a las armas para cambiar un sistema de gobierno en otro país. La Doctrina Truman, la de la “contención y disuasión”, que fue continuada durante la guerra fría apuntando a contener a la amenaza soviética, se inscribe en el espíritu de Westfalia. Esta doctrina fue reforzada por Reagan, pero sin salirse del cauce, y Clinton, luego de la caída del Muro de Berlín, volvió informalmente a la menos agresiva variante original, a través de retomar la estrategia de firmar tratados de control de armas (esfuerzos de no proliferación que, según Bush, hoy han fracasado).

Clinton creía que los EE.UU. debían tener la capacidad política y militar de disuadir y, llegado el caso, derrotar a dos enemigos en dos teatros internacionales de operaciones distantes entre sí y en simultaneidad. Lo que la presente administración norteamericana pretende es que la amenaza de sus armas sea tan evidente (tanto como la acción bélica antes que el enemigo esté listo para amenazar la seguridad de los EE.UU.) que su país no pueda desde nin-

⁷² F.A. Gardella 2001.

gún punto de vista ser desafiado. En efecto, Bush anunció la construcción de una eficaz defensa contra misiles balísticos y que actuará contra los enemigos antes de que estén totalmente desarrollados sus medios de agresión, ya que “las nuevas amenazas provienen de redes de individuos que pueden penetrar en las sociedades abiertas y, con el uso de las modernas tecnologías, actuar en su contra”.

El nuevo episodio bélico contra Iraq es el primer emergente de la nueva doctrina internacional norteamericana pero, además, tiene serias consecuencias sobre el futuro del sistema mundial. En principio, porque hay serias dudas sobre la legitimidad del ataque norteamericano respecto del derecho internacional vigente, ya que no se puede invocar legítima defensa ni las tropas de los EE.UU. están amparadas por una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. En segundo lugar, será difícil restaurar la credibilidad de la Organización de Naciones Unidas luego de esta violación de su carta constitutiva por la primera potencia mundial (la administración Bush dejó en claro que no necesita a la ONU si de proveer a su seguridad se trata, consideración ésta que sólo le compete a los EE.UU.). Tercero, a partir de la oposición de Francia (que junto con Rusia amenazó con utilizar su derecho a veto a toda resolución del Consejo de Seguridad que apoyara la agresión a Iraq) se abre una profunda brecha entre los socios de la OTAN y, cuarto, en la Unión Europea por las contradicciones que oponen al Reino Unido de Blair y España de Aznar, quienes decidieron acompañar la campaña “liberadora”, a Francia y Alemania.

Si toda guerra es signo de fracaso del derecho internacional, este nuevo enfrentamiento bélico creó una crisis inédita, de la cual sólo se podrá salir a través de un reequilibrio de fuerzas. Pero para ello se deberá recomponer la unidad de criterio en la Unión Europea y, quizá, esperar de China un papel más activo en el escenario

internacional. De lo que no caben dudas es que comienza a diseñarse un nuevo orden internacional, cuya piedra de toque es el 11 de septiembre de 2001. Inédita ha sido también la reacción de la opinión pública mundial que se ha manifestado masivamente en todo el globo contra esta inaudita guerra.

Consideramos que la política exterior de los Estados Unidos desde hace mucho tiempo está tironeada por dos fuerzas: la de sus intereses económicos (petróleo, en este caso) y la de sus convicciones liberales (tolerancia política, impulso antiimperialista e, incluso, tendencia al aislamiento). De otro modo sería muy difícil explicar su alianza con los intolerantes jeques sauditas (origen de Osama Bin Laden y con cuyo dinero se financiarían escuelas islamistas formadoras de jóvenes fundamentalistas), frente al enemigo iraquí que es mucho más tolerante fronteras adentro.⁷³

Son tiempos en que el gendarme del mundo ha cambiado la doctrina de la “guerra justa”, la de la legítima defensa por la de la “guerra preventiva”. Y en nuestro mundo unipolar los criterios dependen de la exclusiva voluntad de quien ejerce el monopolio de la fuerza en el mundo. Noam Chomsky opina que “Estados Unidos es el campeón mundial del terrorismo, ¿o acaso no fue terrorista en Nicaragua, no ha dejado de apoyar a países terroristas como Turquía o Indonesia, no respaldó a Saddam Hussein en su plan de aniquilación de los kurdos, no fue aliado de Osama Bin Laden?”.⁷⁴

Para Jürgen Habermas los ataques a las Torres Gemelas del WTC fueron “ataques a la ciudadela capitalista de la civilización occidental”, que no hizo otra cosa que explotar la tensión existente entre la sociedad secular y la religión: “el que quiera impedir una guerra de culturas

⁷³ F. A. Gardella 2001.

⁷⁴ Noam Chomsky, “La nueva guerra contra el terrorismo”, conferencia en el MIT, Massachusetts, octubre 2001.

debe ser consciente de que tampoco Occidente ha resuelto aún los problemas dejados por la secularización”. Al recibir el Premio de la Paz (octubre de 2001), que otorgan los libreros alemanes en la Feria Internacional del Libro de Fráncfort, consideró que las raíces de ese terrorismo están, más que en la pobreza del mundo, en los sentimientos de humillación: “en el terrorismo se expresa también un choque de mundos que, más allá de la violencia silenciosa de los terroristas, deberán desarrollar un lenguaje común”.⁷⁵

La posguerra iraquí está siendo poco clemente con la alianza occidental, no sólo porque han sufrido más bajas que durante el conflicto bélico, sino porque se ha evidenciado el engaño con que Bush y Blair trataban de involucrar a la comunidad internacional. En el caso del Primer Ministro inglés, su situación se complicó por la muerte (supuestamente, suicidio) del científico inglés David Kelly, quien habría podido declarar fehacientemente en contra de la posición oficial sobre las evidencias de armas de destrucción masiva en el Iraq de Saddam Hussein. Por su parte, el costado más débil del presidente Bush (además del fracaso en la gestión económica) son dos guerras cuyo objetivo principal declarado se le escapó: Bin Laden y Saddam. Gran parte de la opinión pública comienza a dudar de las verdades/virtudes de la actual administración, y consecuentemente sube en las encuestas el principal candidato demócrata a la presidencia (cierto es que la victoria del actual republicano Arnold Schwarzenegger a la gobernación de California acerca agua al molino de Bush).

Con razón, el periodista y profesor de comunicación rosarino radicado en el Perú Guillermo Giacosa, al hacer un balance de la aventura iraquí de la alianza británico-estadounidense, manifiesta que “todo parecería indicar que las temidas armas iraquíes no eran aquellas que aparecían

⁷⁵ J. Habermas, en artículo “Diálogo de culturas en la actual conflagración”, en sitio www.jornada.unam.mx.

en los informes que se inventaban, sino este boomerang formidable que ya ha iniciado el camino de regreso desde el Medio oriente y que se dirige implacable a cortar cabezas en Washington y Londres”.⁷⁶

Los Estados Unidos de G.W. Bush, supuesto líder del liberalismo democrático y de los derechos humanos, de hecho manejan a su arbitrio el derecho internacional y boicotean groseramente toda iniciativa que pueda comprometer el más mínimo de sus designios. Aplican masivamente todo su poderío militar contra los que ellos mismos declaran “enemigos de la humanidad, de Occidente, de las libertades públicas” pero rechazan someterse a la jurisdicción de una Corte penal internacional. En la que se considera la más avanzada de las economías capitalistas es donde se están produciendo escándalos financieros inéditos por su magnitud (Enron, World Com, Xerox, etc.). El país que mayores recursos destina a la lucha contra la drogadicción es el mismo que se niega a controlar los flujos ilegales de fondos y continúa protegiendo a los paraísos fiscales, por donde se escurren los dineros del narcotráfico y de la corrupción administrativa. Son demasiadas contradicciones. O quizá no tantas para la época que nos tocó en suerte, sin certezas, sin principios universales, sin rigor: tiempos blandos, en definitiva.

Hacia comienzos de noviembre de 2003, el panorama en Oriente Medio no podía ser menos alentador, frente a la impotencia de la administración Bush. Los ataques que recibían las fuerzas de ocupación de parte de los iraquíes se ampliaron a edificios de las Naciones Unidas (donde fallecieron, entre otros empleados de la ONU, un alto funcionario enviado por el Secretario General) y sufrió un atentado una instalación de la fuerzas armadas italianas

⁷⁶ G. Giacosa, artículo “Cayó la mentira, ahora le toca a los mentirosos”, diario *Perú*. 21, Lima, 29/09/2003.

destacadas en territorio iraquí, con considerables bajas de soldados italianos. A estos hechos terroristas se sumaron, en Afganistán, los enfrentamientos producidos contra los norteamericanos y sus aliados por los talibanes “remanentes” y las fuerzas nacionalistas, en un territorio supuestamente pacificado por la intervención norteamericana. En tanto, en Arabia Saudita (aliada de los Estados Unidos), estallaba un artefacto terrorista en una confitería que causó una importante cifra de muertos y heridos. Del mismo modo, en la disputa israelo-palestina no aparecen atisbos de pacificación sino todo lo contrario, en gran parte por la intransigencia de la administración Sharon.

¿Qué está por venir?, se pregunta Der Derian, científico político de la Massachusetts University:

creo que la mejor declaración sobre lo que seguirá al 11 de septiembre la dijo Paul Valery: “el futuro no es más lo que solía ser” (...) Mi gran inquietud no es tanto el futuro, sino los futuros pasados que se reproducen, es decir, cómo parecemos incapaces de escapar de los círculos de retroalimentación de mala inteligencia, pensamiento burocrático e imaginación ineficaz; para el futuro cercano, creo que la guerra virtuosa mientras sea librada por la cadena de entretenimiento de medios de comunicación, industrial y militar, será nuestro pan de cada día y nuestro circo de cada noche. El uso de analogías sentimentalistas de resistencia así como insignificantes luchas internas en la Izquierda no nos da mucha esperanza de un unificado movimiento antibélico. Por el momento, necesitamos reconocer que la mayoría de norteamericanos, ya sea por patriotismo, trauma o apatía, piensan que es mejor dejar los asuntos en las manos de los expertos. Creo que para el futuro inmediato, la tarea será distinguir nuevas formas de viejos peligros, efectos reales y virtuales, y el terror de la lucha contra el terror en la guerra de las cadenas de noticias.

Globalización y economía mundial

No es la ausencia de progreso, sino por el contrario, el desarrollo tecnocientífico, artístico, económico y político lo que ha hecho posible el estallido de las guerras totales, los totalitarismos, la brecha creciente entre norte y sur, el desempleo y la nueva pobreza...

Jean-François Lyotard

Como nunca antes se cuenta con enormes capacidades técnicas para atender los auténticos problemas de la humanidad. Sin embargo, se verifica que al cabo de un par de décadas el mundo no se ha vuelto más seguro ni menos dispar en el reparto de la riqueza. La visión optimista de la globalización integradora y constructiva de nuevos horizontes se reveló incierta en su impacto doméstico y contestada por turbulencias en las relaciones económicas internacionales, en crispaciones de identidad, de agresión cultural y religiosa, de violaciones de los derechos humanos y de una insuficiente, por decir lo menos, cooperación internacional. Si la mayoría de la población del tercer mundo percibe que la globalización la afecta, al propio tiempo no se siente incluida. El mercado unificado (de bienes no sólo comerciales, sino también culturales), en efecto, ha ahondado diferencias en todos los campos.

La dimensión social de este fenómeno deja disconformes, sino alarmados, a una gran masa de la opinión pública mundial, la que incluye no pocos “parias” del primer mundo: es que el ritmo económico —y financiero particularmente—, es infinitamente más veloz que el de la regulación social de los mercados, debido a un desencuentro

entre actividad económica, empleo y calidad de vida. Las dos últimas variables siguen y seguirán siéndolo, seguramente, los invariables objetivos deseables de todo buen plan macro-económico, en lo nacional, y de toda coordinación económico-financiera internacional. Si se sigue viendo el empleo desde la óptica neoliberal, es decir, como un insumo más de la producción, se seguirá errando el camino y profundizando el dolor. El desarrollo es algo más que acumulación de capital y una asignación de recursos más eficiente: es una transformación de la sociedad. Para asegurar un desarrollo equitativo perdurable y democrático se requiere, como afirma Stiglitz, reformar la arquitectura económica internacional.

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001 y ex funcionario del Banco Mundial, manifiesta que la globalización y el neoliberalismo imperantes además de haber vinculado las economías (lo que las vuelve vulnerables al contagio en dominó), han desmantelado las instituciones anticíclicas que son las encargadas de limitar las crisis económicas desde la posguerra. Hasta las naciones desarrolladas han perdido la potestad de imponer controles efectivos sobre los flujos de capitales. Por ello suele ocurrir que medidas de estímulo de la economía resultan en fugas de dinero, cuando lo que se pretende es el incremento del empleo. “Las políticas originales de los organismos financieros internacionales (tales como el FMI, cuyo propósito original era el reestablecimiento del equilibrio de economías en dificultades —políticas reactivadoras—) han sido reemplazadas por la receta única de la austeridad sobre la base de ajustes estructurales que no hacen más que profundizar el ciclo recesivo”.⁷⁷

Pero esto no es lo único que falla. En las últimas cumbres que se ocuparon de pobreza y desarrollo, en Doha, Monterrey y Johannesburgo, se llegó a un compromiso

⁷⁷ Joseph Stiglitz, *El Malestar en la globalización*, Taurus, Buenos Aires, 2002.

entre países ricos y países en vías de desarrollo (PED) sobre la necesidad de acelerar la reducción de la pobreza y asegurar los objetivos del llamado “desarrollo del milenio”, los que incluyen mejor salud y educación para los países más pobres. ¡Sólo buenos deseos! Desde luego, el primer paso es facilitar el acceso de las exportaciones de estos países a los mercados de los países industrializados (PI), para lo cual se requiere reducir aranceles y subsidios y eliminar las medidas proteccionistas y otros obstáculos a estas exportaciones, las que mayoritariamente son agrícolas. Pero resulta que el Banco Mundial (su presidente, James Wolfensohn) estimó que en el 2002 los PI gastaron alrededor de 350 000 millones de dólares en subvenciones para protección de sus productores agrícolas (nada más y nada menos que ... ¡unos 1 000 millones de dólares por día!), que son claramente ineficientes en el mercado mundial (por ejemplo, el azúcar triplica su precio en los mercados domésticos de Europa y EE.UU. respecto del precio internacional, precio que es el de venta de la producción de los PED). En tanto, en ayudas externas, esos mismos países gastaron en 2002 unos 50 000 millones de dólares (7 veces menos que las subvenciones agrícolas).⁷⁸

En el sistema económico actual se evidencia la necesidad de su crecimiento cuantitativo, pues este crecimiento es la clave para un mayor beneficio económico. El motor del sistema es la producción y el consumo masivo, siguiendo una lógica que se reproduce en los medios de comunicación: hay que mantener alto el consumo para que así aumente la producción y por lo tanto el empleo; a mayor empleo más recursos en manos de las familias y por lo tanto mayor demanda. Utilizando la dinámica de sistemas se diría que consumo y producción son los elementos con relación causal que podrían conformar un bucle de

⁷⁸ J. Wolfensohn, en artículo “Pasar de la palabra a la acción”, diario *La Nación*, Buenos Aires, 27/09/2002.

realimentación positiva (cualquier aumento en uno de ellos repercute en un incremento del otro), lo que aporta una sensación de crecimiento indefinido en el tiempo. Sin embargo, pese a que en el curso del siglo XX la población del planeta se ha triplicado y la economía multiplicado por veinte,⁷⁹ sabemos que ningún sistema puede crecer violando las reglas del equilibrio sin pagar costos, por lo que el crecimiento económico se realiza a costa de mayor desorden en otras partes fuera y dentro del propio sistema; es interesante ver que los impactos ecológicos y sociales en la economía clásica se consideran como “externalidades”, ya que el sistema sólo internaliza los beneficios y costos directamente relacionados.

La crítica se centra en que las actuales tendencias económicas toman como eje central el crecimiento y destacan la obligatoriedad de una competitividad continua en alza y una constante ampliación de los mercados como elementos clave para su desarrollo, supeditando a ello cualquier tipo de consideración extraeconómica, ya sea social o ambiental. Esta visión parcial limita el problema a la convergencia de unos parámetros macroeconómicos (PBI, índices de precios, índice de actividad económica, etc.) de los que se excluyen otros que tengan en cuenta el desarrollo social, el desarrollo sostenible, etc. El aparente orden del crecimiento económico y productivo lleva asociado ciertos desórdenes que normalmente no se consideran, o no se lo hace en toda su magnitud. Así, sería conveniente sustraer del índice de Producto Bruto Interno la disminución y degradación de los recursos naturales: con un PBI floreciente puede coexistir la bancarrota ecológica.

⁷⁹ Esto da una idea de progreso y orden económico muy relacionado con la visión mecanicista que impera bajo la concepción que hoy se conoce como “determinismo tecnológico”, ello es una confianza ciega en que la ciencia y la tecnología proveerán progreso económico y, por lo tanto, mayor progreso social.

No podríamos dejar de citar una voz muy autorizada que rescata muchos logros de la globalización de la economía internacional sin dejar de señalar otras consecuencias perversas. Así, el Premio Nobel de Economía, Paul Samuelson, quien ha influido en los fundamentos intelectuales de muchísimas generaciones de economistas. Hacia fines del año 2002, manifestaba que si bien la desigualdad salarial se incrementó, la pobreza ha mostrado signos de disminución. Hace 50 años un ejecutivo de alto nivel en los EE.UU. tenía un sueldo promedio 40 veces mayor al sueldo de un empleado medio. En la actualidad esa diferencia es de 400 veces (¡se multiplicó por 10!), tendencia que es similar en todo el mundo. Por otra parte, Samuelson cita un estudio de la Universidad de Columbia, de mediados de 2002, que indica que en los últimos 20 años se ha registrado un descenso significativo de la cantidad de habitantes del mundo que viven con 1 dólar diario (235 millones) al igual que la franja que vive con 2 dólares al día (450 millones). En gran medida estas cifras están influenciadas por éxitos de las economías asiáticas (con gran impacto del buen desempeño de la economía de China), en tanto en América Latina ese progreso se detuvo en la década del 80, correspondiendo al África el peor desenvolvimiento. Es decir, los países más pobres no han gozado de progresos significativos. Sin embargo, para Samuelson la globalización no presenta tan buena salud, y recomienda extremar medidas para equilibrar a las modernas economías mixtas, compensar sus mecanismos de *laissez-faire* con políticas públicas apropiadas (en el campo doméstico y en el internacional) destinadas a “la regulación y el mejoramiento de las terribles inequidades que serían absolutamente inevitables en mercados totalmente libres”.⁸⁰ Guy Sorman, el economista neoliberal francés, por su parte, sigue insistiendo en que el mundo se enriquece

⁸⁰ P. Samuelson, artículo “¿Adiós a la pobreza?” en diario *Clarín*, Buenos Aires, 22/09/2002.

(Sorman al parecer sólo mira los «grandes agregados» de la economía internacional), y destaca logros (certeros) en China, India y Chile, y otros (más dudosos) en Brasil, Malasia, Sudáfrica, Malí y Túnez.

El crecimiento espectacular de las transacciones financieras caracteriza, más que ningún otro proceso económico, la economía mundial de los 90, que se proyecta al siglo XXI. Existe un nexo directo entre la globalización financiera y el resto de los elementos constitutivos del sistema capitalista mundial de fines del siglo XX: modificación de los regímenes salariales, acentuación del reparto regresivo del ingreso (doméstico e internacional), reparto del ahorro mundial entre inversiones productivas y especulativas (en desmedro de las primeras), nuevas características de la acumulación de riqueza (aparición de ingresos cada vez más importantes por rentas). Además, una diferencia relevante respecto de otros procesos históricos de interdependencia ampliada de la economía mundial; diferencia importante la constituye el hecho de que la mayor parte de los actuales flujos financieros se desarrollan en un sistema cerrado y autogenerador, entre instituciones especializadas, que está totalmente desconectado de la producción y transacción de mercaderías y servicios. Se trata de 1,4 billones de dólares estadounidenses en transacciones financieras cotidianas, de las cuales entre un 5% y un 8% corresponderían a movimientos internacionales reales (de bienes). Lo que no quiere decir que no existan nexos muy fuertes, y de un gran impacto económico y social, entre la esfera de la producción y del comercio con aquella de las finanzas internacionales.⁸¹

En efecto, la esfera financiera se nutre de la riqueza creada por las inversiones y la movilización de la fuerza laboral de múltiples niveles de calificación. Los capitales, que los operadores financieros multiplican a través de coloca-

⁸¹ F. A. Gardella 2001.

ciones financieras y arbitrajes que efectúan entre diferentes tipos de activos, nacen invariablemente en el sector productivo a través de ingresos provenientes de la producción y del intercambio de bienes y servicios. Una elevada fracción de esos ingresos es captada por la esfera financiera. Una vez realizada esta transferencia tienen lugar una serie de procesos de valorización ampliamente ficticios, que inflan el monto nominal de estos activos financieros testimonian la ficción de esta “economía virtual”. La explosión de “productos derivados”, que en una cadena virtual de reaseguros de riesgo accionario se alejan notablemente de la base productiva sobre la cual se han creado los títulos originales inundan a los actuales mercados financieros globalizados. A través de la utilización de estos instrumentos que le son propios autogeneran riqueza simulada, cuyas transferencias superan en 50 veces al intercambio real de bienes y servicios. Lo que agrava la situación económica mundial es que en este nuevo proceso los bancos han sido reemplazados por organizaciones financieras que gozan de mayores libertades y de prácticamente ninguna responsabilidad internacional. Los montos en activos financieros detentados por estas organizaciones triplican los fondos que manejan los bancos y grandes sociedades de seguros en los mercados internacionales.

La desconexión entre la economía real, representada por la producción y el comercio, y la virtual, (la mayoría de los mercados financieros) hace que los que detentan los títulos de estos valores ficticios sean altamente volubles a cualquier estímulo, lo que constituye una característica de inestabilidad intrínseca del sistema. De allí que los movimientos de contagio entre mercados se hayan acelerado en los últimos tiempos ya que los mercados no sólo están íntimamente interconectados en tiempo real, sino que la volubilidad de los mercados suele exasperar el nerviosismo de los operadores. Las consecuencias de estas carac-

terísticas (volubilidad más interdependencia de precios de monedas, niveles de tasas de interés y decisiones especuladoras y procíclicas de los administradores de portafolios de inversión) sobre las políticas macroeconómicas en general son considerables (Soros vs Libra en 1993) y pueden cobrar una amplitud decisiva en los países con mercados financieros emergentes (crisis asiática de 1997/98). Un breve repaso de estas crisis debería comenzar con la caída bursátil de Wall Street en octubre de 1987, seguida por la del mercado de los “bonos basura” (*junk bonds*) que, a su vez, anunció la explosión de la burbuja especulativa en el sector inmobiliario norteamericano que arrastró a numerosos bancos e instituciones financieras en varios países, principalmente en Japón (1990-1991). El ciclo crítico continuó con la especulación masiva sobre las monedas del sistema monetario europeo (1992/1993), para volver a golpear al sector inmobiliario de los EE.UU. (a comienzos de 1994). A la crisis mexicana de 1994/1995, que afectó gravemente a muchas economías latinoamericanas (y que repercutió en la caída del valor del dólar norteamericano), se sumó la quiebra de la Baring Bros. (febrero de 1995). Durante todo 1996 y 1997 se suceden quiebras en Japón y los mercados asiáticos tienen en vilo al mundo, hasta la gravísima crisis coreana de fines de 1997, que requirió de un salvataje de 92 000 millones de dólares.⁸²

Otra notable característica de la economía internacional actual presenta un festival de fusiones y adquisiciones empresariales, a través de las cuales las grandes corporaciones internacionales han violado uno de los principales presupuestos del liberalismo económico, al concentrar su poder de mercado de forma de lograr tener posiciones hegemónicas, lo que va en contra de las reglas de la competencia. En efecto, fusión tras fusión, las mega empresas multinacionales han adquirido tanto poder que su-

⁸² F. A. Gardella 2001.

peran el de intervención de los gobiernos, anulan los efectos positivos de la competencia comercial leal, sólo rinden cuentas ante sus accionistas y, como denuncia la activista-periodista canadiense Naomi Klein, al tiempo que “la promesa de que disfrutaríamos de un acervo mucho mayor de alternativas culturales fue traicionada por el poder de las fusiones, las franquicias despiadadas, la sinergia y la censura que practican” se conspira “contra los tres pilares sociales que son el empleo, las libertades públicas y el espacio cívico”.⁸³ Respecto de las empresas transnacionales y las marcas (“logo”) que se imponen en el mercado, conviene repasar algunas frases de Beatriz Sarlo para entender el porqué de su fuerza:

Hoy el mercado puede tanto como la religión o el poder: agrega a los objetos un plus simbólico fugaz pero tan potente como cualquier otro símbolo (...) el tiempo fue abolido en los objetos comunes del mercado, no porque sean eternos sino porque son completamente transitorios (...) su utilidad y belleza son subproductos de ese sentido que viene de la jerarquía mercantil, pero siempre el puntaje que el mercado otorga a una etiqueta, una marca, o una firma tiene otros fundamentos además de las cualidades materiales, de su funcionamiento o de la perfección de su diseño (...) frente a una realidad inestable y fragmentada, en proceso de metamorfosis velocísimas, los objetos son un ancla, pero un ancla paradójica, ya que ella misma debe cambiar todo el tiempo, oxidarse y destruirse, entrar en obsolescencia el mismo día de su estreno (...) el mundo de los objetos se ha ampliado y seguirá ampliándose, y hoy no existe un territorio donde el mercado, en su imponente marea generalizadora, no esté plantando sus tiendas (...).⁸⁴

Con relación al fenómeno de la globalización y al imperio de la economía de mercado, merecen mencionarse

⁸³ Naomi Klein, *No logo*, Paidós, Barcelona, 2001.

⁸⁴ B. Sarlo 1994.

dos aspectos que han profundizado su curso de los últimos años: la proliferación de reuniones internacionales que tratan temas de economía mundial y son enmarcadas por manifestaciones antiglobalización (mal llamadas así, puesto que mayoritariamente proponen una globalización alternativa), lo que constituye un verdadero revulsivo para mantener vivo el debate; los intentos por establecer cierta gobernabilidad de la globalización. Las “marchas globalofóbicas” fueron inauguradas con la manifestación de protesta que enmarcó la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) de Seattle en diciembre de 1999, que debía relanzar la nueva ronda de negociaciones comerciales multilaterales. Surge un grupo informal contestatario de la globalización tal como hoy se presenta, que se hizo presente con diversos grados de combatividad, en cada ocasión que tuvo lugar una reunión internacional de relevancia para los destinos de la economía mundial. Hasta que pierden vigor después del sacudimiento que vive la opinión pública mundial por los atentados de la torres gemelas del World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Hasta ese momento se multiplicaron las ocasiones de manifestarse: con motivo de todas las reuniones del Foro Económico Mundial de Davos, en los meses de enero o febrero desde el año 2000, incrementando con el tiempo el número de activistas, lo mismo que durante las Asambleas Anuales del FMI-Banco Mundial y en las Cumbres de la Unión Europea (que en la ciudad francesa de Niza, en 2000, llegó a juntar unos 60 000 manifestantes). En el escenario internacional, Francia es considerado como el país desarrollado de la contestación (patria de ATTAC —*Association pour la Taxation des Transactions Financières*—, de la defensa de la excepción cultural, del dirigente agrícola radical Joseph Bové, etc). En tanto los Estados Unidos aparecen, a la inversa, como el emblema de la globalización (Microsoft, Mac Donald’s,

los fondos de pensión y el capitalismo desbocado).⁸⁵ En las reuniones internacionales los delegados no siempre pueden despegarse de estos clichés, y suelen representar las posiciones consecuentes.⁸⁶

A comienzos de 2001 dos encuentros se desarrollaron en paralelo: la edición anual del Foro Económico Mundial de Davos y, en paralelo, el Foro Social Mundial de Porto Alegre, que encarnaron las dos caras de la globalización. Una videoconferencia entre los dos foros puso de manifiesto un diálogo de sordos, a través de las invectivas que viajaron por el ciberespacio entre Suiza y Brasil. Los organizadores de la reunión de Davos, lejos de ignorar a Porto Alegre, titularon sus debates “Superar las Diferencias” para centrarlos en la articulación entre lo económico y lo social, pero hicieron un par de propuestas irrelevantes relacionadas con lanzar un diálogo con las ONG. El financista y mayor especulador mundial Georges Soros fue terminante: “a las empresas no se les puede imponer su desnaturalización, que es la de los negocios”, con lo que pareció llamar a la “responsabilidad” de los gobiernos y los organismos multilaterales.

La tensión fue *in crescendo* desde Seattle hasta el estallido en Génova, a fines de julio de 2001, batalla que dejó el saldo de un muerto entre los manifestantes y numerosos heridos en ambos bandos. En ese lapso, el informal comando antiglobalización vio incrementarse la cantidad de miembros, los apoyos internacionales por parte de la prensa internacional crecieron y su organización se perfeccionó. Se estimó que acudieron más de 200 000 manifestantes.

⁸⁵ La opinión pública francesa, según encuestas de la ATTAC, acompaña esta percepción: el 65% estima que la globalización agrava la desigualdad social y que favorece principalmente a los accionistas; en tanto, de acuerdo a las mismas fuentes, en los Estados Unidos un 61% opina que su influencia es positiva para las empresas, aunque sólo 31% piensa que es benéfica para ellos mismos.

⁸⁶ F. A. Gardella 2001.

Tal fue la presión que impusieron los manifestantes que el G-8 incluyó, con astucia, en su comunicado final que “creemos en la importancia fundamental del debate abierto sobre los importantes desafíos que enfrentan nuestras sociedades (...); promoveremos soluciones innovadoras basadas sobre una amplia asociación con la sociedad civil y el sector privado”, acusando recibo por primera vez del descontento, aunque sin comprometerse demasiado.

Un común denominador de las organizaciones convocantes⁸⁷ es el reclamo por el establecimiento de la “tasa Tobin” a las corrientes financieras internacionales, como del mismo modo lo han hecho otras muchas ONG (como Oxfam, Jubilé) y hasta el sindicato norteamericano AFL-CIO. También han incorporado entre sus reivindicaciones la llamada “ecotax” (impuesto general sobre las actividades contaminantes), así como el perdón liso y llano de las deudas externas de los países menos desarrollados.

Sobre las violentas manifestaciones que enlutaron la reunión del G-8 en Génova, el Premio Nobel de Economía 1998, el indio Amartya Sen, opinó que se requiere una mejor comprensión de las cuestiones fundamentales que tienden a diluirse en la retórica de la confrontación. En este sentido, pone de relieve que “la globalización no es en sí misma una locura (...), lo que necesitamos es una distribución más adecuada de sus beneficios (...), la cuestión fundamental no puede ser si se va a utilizar más o menos la economía de mercado”. Agrega que los acuerdos de Bretton Woods, que crearon el FMI y el Banco Mundial están en relación a una “estructura internacional económica, financiera y política mundial que fue en gran parte creada en los años 40” y, por lo tanto, han sido superados

⁸⁷ Entre otras, ATTAC de Francia (que es la más popular, y que ya cuenta con representantes en gran parte del mundo), la inglesa War on Want, Preamble de los EE.UU., Halifax Initiative de Canadá, son las más representativas.

por la nueva situación internacional. Sen concluye que “la estructura global es la respuesta necesaria a las dudas globales: las protestas contra la globalización son parte del proceso de globalización, del que es imposible sustraerse, y para sustraerse del cual no existe motivo válido”.⁸⁸

Frente a los planteamientos sobre la ineluctabilidad del proceso de globalización tal cual hoy se presenta (caracterizado por un mundo efectivamente transnacional en lo financiero e internacionalizado parcialmente en lo económico), seguimos al científico y filósofo argentino Mario Bunge, quien afirma que “el futuro de una cosa natural fuera de nuestro alcance ‘llega’ sin nuestra asistencia”, en tanto no ocurre lo mismo con “el futuro de una cosa construida, como una institución, que no ‘llega’ en absoluto, sino que lo hacemos nosotros”. Bunge concluye que “algunos se ven forzados a esperar el futuro, otros lo sueñan y muy pocos lo planean, aun cuando todos trabajamos en el lugar de su construcción”.⁸⁹

Asimismo, coincidimos con el pensador italiano Antonio Negri cuando considera que no es correcto hablar de movimiento “antiglobalización” ya que “los manifestantes están unidos en contra de la forma actual de globalización capitalista” pero no son aislacionistas; que, en efecto “las protestas en sí se han convertido en movimientos globales y uno de los objetivos más claros es la democratización de los procesos de globalización” donde se expresa, como en la década del 60, que “un futuro mejor y diferente es posible (...), buscan transformar la agenda pública creando deseos políticos para un futuro mejor (...), y pedir lo aparentemente imposible es decir algo nuevo”.⁹⁰

⁸⁸ A. Sen en “Contradicciones del descontrolado grupo antiglobalización”, artículo en el periódico *Ámbito Financiero*, Buenos Aires, 24/07/2001.

⁸⁹ M. Bunge: *Las Ciencias sociales en construcción*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

⁹⁰ A. Negri en “El objetivo es democratizar la globalización”, artículo en el diario *Clarín*, Buenos Aires, 26/07/2001.

Consideramos que las opiniones expresadas por los intelectuales citados, si bien fragmentarias, constituyen un diagnóstico acertado del revulsivo político que representan estos manifestantes, cuya utilidad es evidente en tanto mantiene activo el debate sobre el mundo en el que deseamos vivir. Sin embargo, hacia fines de 2001 creíamos que “se corre el riesgo que los principios progresistas que guían a los manifestantes se diluyan y el movimiento no avance más allá de la protesta, para terminar en una expresión de la reacción. En este sentido, su institucionalización permitirá encauzar el justificado descontento y la frustración, para dar paso a mejores propuestas concretas tendientes a asegurar la gobernabilidad de la globalización”.⁹¹

Ya en el segundo semestre de 2003, creemos que luego del *impasse* que produjo la crisis de septiembre de 2001, estos movimientos que reclaman una globalización de la que se puedan beneficiar los pobres y los excluidos del sistema neoliberal, están aclarando sus propuestas y desestimando la violencia (separándose de los grupos violentos) al tiempo que proponen una “globalización con rostro humano”, es decir, una alternativa que permita “gobernar la globalización” para extender su influencia benéfica a los más necesitados para hacer del mundo un planeta más equitativo y justo.

El fracaso de la Cumbre de la OMC, reunida en Cancún en octubre de 2003, pareció dar nuevos bríos al movimiento que propugna una globalización alternativa. En efecto, un extenso grupo de países (22) que no subsidian a la producción agrícola-ganadera (encabezados por la India y Brasil, postura a la que adhirieron explícitamente, en principio, casi todos los países latinoamericanos) adoptaron una común posición negociadora muy firme frente a los países de la Unión Europea y los Estados Unidos,

⁹¹ F. A. Gardella 2001.

quienes fueron conminados a desarmar sus estructuras proteccionistas, en cuanto al agro se refiere, para poder proseguir las negociaciones. Lo que no ocurrió y dejó al denominado G-22 (al menos así lo reflejó la prensa conservadora de los países desarrollados) como culpable de obstruir las negociaciones. En días posteriores este grupo informal se fue desarmando por el retiro explícito de varios países de centroamérica, Perú y Ecuador, entre otros, como resultado de las presiones de la diplomacia comercial norteamericana.

Incertidumbre en el siglo XXI

*Pervirtamos el buen sentido y desarrollemos
el pensamiento fuera del cuadro ordenado
de las semejanzas*
Michel Foucault

Ante los “daños colaterales” del neoliberalismo, resurge de pronto la necesidad del Estado, incluso —como dice Ulrich Beck— en su variante hobbesiana más antigua: la garantía de seguridad. La resistencia a la globalización neoliberal parece profundizarla. El temor al renovado terrorismo internacional lleva al deseo transnacional de una política global de redes de inteligencia estratégica y de cooperación policíaca. Beck nos alerta sobre la necesidad de comprender esta paradoja: se esté en favor o en contra, la realización del proceso de globalización progresa por ambas vías. El alemán afirma, de esta manera, la característica ineluctable de la globalización, pero agrega que ante esta realidad “más conviene que los riesgos de la globalización sean previsibles y que las libertades y otros frutos de este proceso sean repartidos más equitativamente, que se debe preservar la dignidad de las culturas y religiones del mundo”. Se trata, en definitiva, de evitar la vía de la construcción de Estados-Fortaleza, por el más humanista modelo de Estados-Cosmopolita.⁹²

Conviene también destacar, en otra parte del espectro político contemporáneo, la opinión de un pensador marxista

⁹² U. Beck, *Sobre el terrorismo y la guerra*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2003.

como James Petras. Él describe el actual sistema mundial no como un amorfo “capitalismo mundial”, sino como un sistema imperialista que no está controlado por un «centro» sociológicamente vacío, sino por los Estados Unidos que han vuelto a colonizar al tercer mundo y han subordinado a sus rivales imperiales en Europa y Asia. Petras destaca que el sistema imperialista ha emprendido varias luchas simultáneas: la de conquista del mundo a través de la guerra (Afganistán, Iraq) con presencia militar (Colombia), bloqueos económicos (Cuba, Venezuela), con amenaza de utilización de armas de destrucción masiva (Corea del Norte) y chantajes diplomáticos; el enfrentamiento con los movimientos antiimperialistas y pacifistas en todo el mundo (inclusive en EE.UU.); la lucha entre inversionistas de los países centrales que en su afán de conquistar mercados en todo el mundo se enfrentan a los asalariados locales que intentan evitar mayores deterioros en sus economías nacionales. Este intelectual prevé un fuerte impacto mundial por la coexistencia de las guerras imperialistas de conquista y la recesión económica mundial. Esta circunstancia haría renacer con vigor los movimientos de liberación en el tercer mundo, que terminarían repercutiendo en el surgimiento de movimientos de masa en Europa y, en menor grado, en Japón y los EE.UU. Prevé, asimismo, una gran presión sobre los regímenes de centro izquierda en América Latina, que intentan navegar entre dos aguas combinando acuerdos con EE.UU. y las reformas sociales en política doméstica (el Brasil de Lula y la Argentina de Kirchner son un buen ejemplo). Petras afirma que el eslabón más débil de la cadena del imperio mundial de Washington se halla en América Latina.⁹³

Por su parte, James Der Derian, catedrático norteamericano en Ciencias Políticas, opina que el 11 de septiembre

⁹³ J. Petras, *El nuevo orden criminal*, El Zorzal, Buenos Aires, 2003.

de 2001 será recordado no por el ataque mismo sino por los aumentos de los ciclos de violencia que siguieron. Der Derian manifiesta que tenemos un mejor sentido de lo que no será que de lo que será efectivamente: desde el presidente, el Ministro de Defensa y todos los demás que siguen en la jerarquía de la seguridad nacional, hemos escuchado que esto no será una guerra entre estados:

no será la guerra del Golfo o Kosovo y no será Vietnam o Mogadisho; y quizás tengan razón, quizás más razón que los comentaristas de ambos partidos de Derecha (“el 21/09 es Pearl Harbor”) e Izquierda (“es parte de la lucha antiimperialista”) que se basan en analogías ideológicas sentimentales para entender este hecho. Desde mi punto de vista el 11 de septiembre es una combinación de nuevas y viejas formas del conflicto, incluyendo: la retórica de la guerra santa desde ambas partes, una guerra entre las cadenas de noticias virtual en los medios e internet; una guerra de vigilancia de alta tecnología en el exterior pero también en nuestros aeropuertos, ciudades y casas; y una guerra sucia de contraterrorismo y contrainsurgencia, utilizando una campaña aérea y operaciones especiales limitadas para matar a los líderes y para intimidar a los que apoyan a Al Qaeda y al Talibán. Llamo a este nuevo conflicto híbrido “guerra virtuosa”. Ha evolucionado de las tecnologías utilizadas en el campo de batalla de la guerra del Golfo y las campañas aéreas de Bosnia y Kosovo; recurre a una doctrina de guerra apropiada (cuando es posible) y a la guerra santa (cuando es necesario); clona la guerra de información de vigilancia mundial y la guerra de las cadenas de noticias de múltiples medios de comunicación.⁹⁴

Se podría considerar que en defensa del orden internacional (mercados libres mundiales, estados soberanos democráticos e intervenciones humanitarias limitadas), “los

⁹⁴ James Der Derian, *Virtuous war: Mapping the military-industrial-media-entertainment network*, Westview Perseus, Oxford, 2002.

Estados Unidos se han dirigido hacia una revolución en los asuntos militares, la cual sirve de fundamento para la 'guerra virtuosa'. EE.UU. posee la voluntad política y los músculos, que representa su capacidad técnica y ética imperativa para amenazar y, si es necesario, llegar a la acción violenta ("pero otra vez con bajas mínimas cuando es posible"), como medio de reasegurar sus fronteras, mantener su hegemonía y volver a traer un mínimo de orden imperial a la política internacional: "la diferencia después del 11 de septiembre es que ahora tenemos un enemigo con rostro; con 22 rostros, de hecho, que se encuentran a nuestra disposición en el website de los terroristas más buscados del FBI". Va de suyo que Der Derian expresa un cierto consenso nacional norteamericano, decididamente conservador pero popular y, por ello, relevante.

El problema que se planteó a partir del ataque a las Torres Gemelas es que no existe un intento por parte del gobierno norteamericano (ni de los medios) de transformar estas imágenes de horror en discursos responsables de reflexión y acción, tal es el mesianismo patriótico de la administración Bush. Con el derrumbamiento de las torres, una creencia común fue destruida: "aquí no ocurrirá jamás". En este vacío, las cadenas de noticias se apresuraron a ofrecer transparencia sin profundidad, un simulacro de horror, una forma pura de nihilismo. En círculos oficiales hubo un esfuerzo concertado para separar el vacío, el uso crítico del lenguaje, imaginación, aun el humor fue bastante delimitado por sanciones morales y advertencias gubernamentales. El primer golpe contra el pensamiento crítico adquirió una forma peculiar de debate semántico sobre el significado de "cobarde": en parte de la prensa mundial, incluso en medios progresistas norteamericanos, surgió el debate sobre si es más cobarde apropiarse de una aeronave comercial y dirigirla al World Trade Center o bombardear a los serbios desde 15 000 pies

de altura o dirigir un ataque de misiles crucero contra Bin Laden desde miles de millas. La respuesta oficial fue rápida, con advertencias, condenaciones en *talk-shows* y con el Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ari Fleischer, afirmando que gente como Bill Maher de la revista de izquierda *Politically Incorrect* deberían cuidar lo que dicen y lo que hacen.

Una guerra mimética es una batalla de imitación y representación en la cual la relación de lo que somos y lo que ellos son, es librada en un gran espectro de familiaridad, amistad, indiferencia y tolerancia, distanciamiento y hostilidad. Puede resultar en la apreciación o denigración, reconciliación o separación, asimilación o exterminación. Traza fronteras físicas entre las personas, así como fronteras metafísicas entre la vida y la oposición más radical de la vida, la muerte. Separa a los humanos de Dios, crea la cerca que hace a los buenos vecinos, construye la pared que confina a todas las personas. Algo más que un cálculo racional de intereses nos lleva a una guerra. La gente va a la guerra por cómo ven, perciben, imaginan a los demás y hablan de ellos: es cómo construyen la diferencia de los otros así como las similitudes de nosotros mismos a través de las representaciones. Desde la tragedia griega y espectáculos de gladiadores romanos a reuniones fascistas y arte futurista, la mezcla mimética de imagen y violencia ha probado ser más poderosa que el discurso más racional.⁹⁵

El Senado norteamericano aprobó un Acta Americana de Unidad y Fortalecimiento que permitía la intervención itinerante de múltiples líneas telefónicas, una vigilancia más fácil del correo electrónico y el tráfico en Internet, así como la difusión de las transcripciones de intervenciones telefónicas, incluso, a las agencias de inteligencia. La consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, realizó personalmente llamadas a ejecutivos de las cadenas de televisión

⁹⁵ J. Der Derian, *op. cit.*

pidiéndoles que examinen los vídeos de Al Qaeda antes de transmitirlos y que consideren su edición debido a posibles mensajes codificados. La información fluyó lentamente en pequeñas cantidades de la Casa Blanca y el Ministerio de Defensa después de que se manifestaran duras palabras e impusieran fuertes restricciones contra las fugas de información. Se llevaron a cabo operaciones psicológicas en las intervenciones humanitarias al dejar caer panfletos de propaganda y paquetes de comida. La Voz de América empezó a transmitir mensajes anti-talibanes en pashtu. Después que pusieran en la red a los “22 Terroristas más buscados” en el website del FBI, un programa de televisión (“Los más buscados de América”) difundió un gran especial sobre sus casos individuales. Un periódico de la industria del entretenimiento divulgó la noticia sobre una reunión entre funcionarios de la Casa Blanca y ejecutivos de Hollywood, donde la Casa Blanca pidió a la industria del cine reunirse “alrededor de la bandera” como reminiscencia de los primeros días de la segunda Guerra Mundial. Estas iniciativas acentuarían los esfuerzos para fortalecer la percepción de los Estados Unidos en el mundo, “difundir el mensaje” sobre la lucha contra el terrorismo y movilizar los recursos existentes como satélites y cable “para promover el mejor entendimiento mundial”.

Se supone que la globalización señala la victoria de los valores e instituciones occidentales: la democracia liberal y la economía de mercado como únicas opciones viables; culminación de la historia del siglo XX, sembrada en todo su camino por alianzas de los valores de la democracia y la libertad. En esta inteligencia, el fin de la guerra fría (supuesto fin de la historia) debería haber marcado el fin de los conflictos, liberando gran cantidad de energía y recursos para asegurar el progreso y la libertad con equidad. Sin embargo, hacia el fin del siglo XX el concepto de lo occidental entra en crisis, surge el hegemonismo norteamer-

ricano que coarta hasta los gobiernos socialistas europeos, que al sentirse libres de la amenazas cruzadas (¡se debe recordar que para Reagan Europa era un escenario posible para un enfrentamiento nuclear limitado!) se dejan seducir por las ofertas del libremercado neoliberal. Hoy, cuando la guerra con la que EE.UU. venció a Iraq se topa con la oposición de las administraciones alemana y francesa, comenzamos a asistir a lo inevitable: el resquebrajamiento progresivo del sentimiento de valores compartidos. Por lo que vale preguntarse si el concepto de globalización plena planta sus límites en las fronteras de Occidente con el resto del mundo, o incluye sólo a los países altamente desarrollados (EE.UU., Europa y Japón), o sólo a los EE.UU. En el primer decenio del nuevo siglo esta cuestión debería quedar resuelta.

Lo que propone el posmodernismo respecto de la globalización es pensar este proceso más en términos de enlaces y mensajes, de red, que de principios compartidos. Los mensajes ya no pretenden tener validez universal, por lo que no transmiten fundamentos, ni principios, ni mucho menos ideas éticas. Aunque sigan teniendo una función vital para la estabilidad social y ecológica del planeta, estas ideas están enraizadas en sus categorías históricas y culturales. En ese sentido será la estética, más blanda que la ética, la que podrá portar los mensajes de coordinación necesarios para la supervivencia: si lo que se extraña son la falta de estructuras estables morales y legales, lo que se propone (y de hecho ya está ocurriendo) es la formulación de estructuras más ágiles, flexibles, prácticas, adaptadas al momento y casi efímeras (¿acaso no es flexible práctica y, seguramente, efímera la “doctrina de la guerra preventiva” de Bush?). Lo que resulta evidente es que, si se persigue un objetivo común, al menos se requieren “interfases” de conexión entre individuo y sociedad y de éstas con el resto del escenario internacional, que

proponga soluciones que permitan un compromiso entre lo estable, lo deseable y lo posible.

De lo que no caben dudas es de que los desórdenes sociales de nuestros tiempos comprometen el futuro, tanto del primer como del tercer mundo. Al respecto se destacan unas pocas variables a modo de ejemplo, como sigue:

- la explosión demográfica en los PED (para el 2100 se esperan unos 10 000 millones de habitantes en la Tierra, incremento poblacional que se concentrará en un 90% en los PED); pero, además, el desequilibrio en la estructura de edad de estos países se reforzará al aumentar la población económicamente activa y con ello se agravarán los problemas de desempleo;
- la creciente concentración urbana (hacia el 2025 se calcula que el 90% de la población será urbana en los PED) por lo que fácilmente se puede prever un agudizamiento de la conflictividad social e ingobernabilidad de estos espacios llevados más allá de su límite ecológico y de hacinamiento que hará muy difícil mantener la paz social;
- la expansión de la pobreza ligada a las migraciones económicas y ambientales (el neoliberalismo produjo tanta riqueza concentrada como proliferación de pobreza, hasta hoy inéditas en nuestra historia); hoy padece hambre una mayor cantidad de seres humanos que en cualquier otro momento de la historia, lo que está provocando una marea incontenible de emigrantes a los que se les aplican barreras cada vez más estrictas de tipo económico, físico, policial y hasta militar que intentan preservar los territorios de los PI del “aluvión zoológico”; y, si quizá, no se pueda afirmar que la mayoría de la población está peor ahora que hace diez años es porque en China se están manteniendo políticas bastante sensatas que limitan el impacto del “pensamiento único” en economía en tanto se aprovechan las ventajas de la

- globalización —contradiendo la recetas de los gurúes económicos que fueron escuchados en la transición de la ex URSS, con los resultados conocidos;
- al tiempo que campea en todo el mundo (occidental, al menos) un creciente desinterés político y social.

Reiteramos que resulta esclarecedor considerar variables que tengan en cuenta no sólo los aspectos de los grandes agregados macroeconómicos (los llamados *fundamentals* de la economía) sino también medioambientales y sociales, para poder tener una idea más precisa de la situación económica dinámica de un país o conjunto de ellos. Si se compara, por ejemplo, el PBI con el índice IBES⁹⁶ de un país como Estados Unidos, se evidencia una diferente evolución del desarrollo económico según se utilice un parámetro bajo una óptica reduccionista u otro que considere la situación de forma dinámica y sistémica, como mandan los tiempos.

En tanto las preocupaciones de nuestros líderes, en la última reunión de Davos en febrero de 2003, dejaron al descubierto que los temas más convocantes para los cerca de 2000 empresarios, agentes gubernamentales y de organizaciones internacionales, continúan enfocando la miopía del corto plazo. Reseñó el *Wall Street Journal* que imperó durante todo el encuentro una “expresión masiva de angustia” cuya causa principal fue el inminente ataque de los Estados Unidos a Iraq, que se sumó a la incertidumbre económica que lo que menos necesita es un conflicto que provoque alzas incontenibles en los precios del petróleo. Pero

⁹⁶ IBES, es el índice Daly-Cobb de bienestar económico sustentable, que incluye el PBN medio per cápita ajustado por desigualdades en la distribución de ingresos, la disminución aguda de recursos no renovables por la erosión y la urbanización, el costo de la contaminación del agua y del aire, y estimaciones del daño ambiental a largo plazo por causa de cambios planetarios, como la disminución de la capa de ozono, el calentamiento planetario, etc.

lo que verdaderamente quitó el sueño a los empresarios y líderes políticos fue:

- La “despiadada” capacidad manufacturera de China continental y su enorme fuerza laboral, que ha reemplazado con éxito gran cantidad de productos que antes se fabricaban en los EE.UU., la India y México. Arreciaron las quejas sobre la “piratería china”. En tanto la administración económica china ha fijado su tipo de cambio en condiciones ruinosas para la competencia. Esta queja fue liderada por el presidente mexicano Vicente Fox. Por otro lado, líderes empresariales indios se pronunciaron insistentemente sobre un supuesto *dumping* chino (ante precios tan bajos que hace pensar que difícilmente puedan cubrir costos de producción), a lo que un financiero chino respondió con lógica de hierro: “de tener tal nivel de subsidios estaríamos ya en bancarrota”;
- Se analizó la complacencia de la opinión pública alemana, en general, que vive la ficción de una supuesta economía floreciente, sin percibir que otros países se están adelantando notablemente a la primera economía europea. Por su parte, Japón no habría caído en tal ensueño y, muy por el contrario, se manifiesta preocupado pero también desanimado porque sus autoridades gubernamentales, su sistema financiero y la economía en general, no están respondiendo a los desafíos de la época;
- Asimismo, los ejecutivos norteamericanos presentes fueron el grupo nacional más optimista: supervivientes del estallido de la burbuja “punto.com”, de las crisis y escándalos bursátiles de Wall Street. Sin embargo, permeó cierto temor de sectores tales como líneas aéreas, telecomunicaciones, por no sentirse en condiciones de poder asegurar ganancias futuras aun si la economía mundial se recupera.

Respecto del papel de los Estados Unidos y de la globalización, consideramos muy esclarecedor de la naciente confrontación entre posmodernos progresistas con los “viejos” (o modernos) progresistas, reseñar el debate que ha girado en torno del libro *Imperio* (escrito entre la Guerra del Golfo y la crisis de Kosovo, por el pensador italiano de extracción marxista Toni Negri en colaboración con Michael Hardt). En este texto se exponen dos conceptos que fundarán ideas muy controvertidas: la primera es que existe un mercado global sin ordenamiento jurídico, el que no puede preservarse sin un poder que garantice su eficacia; la segunda se refiere al orden político del mercado global, que es imperial, y que no designa simplemente una nueva forma de poder supremo, sino que también comprende fuerzas de insubordinación y de luchas de clases novedosas en sus formas. Esta nueva organización del poder mundial, el imperialismo, tendría como objetivo esencial, según Negri, asegurar la primacía de la libertad del mercado global, que constituye en sí el nuevo orden mundial.

Se presenta de este modo, una interpretación nueva de un viejo paradigma; este *Imperio*, no representaría un sometimiento mundial más allá de su objetivo que es la supervivencia eficaz de la globalización económica y financiera. El imperio implica desde siempre una organización supranacional que comprende todos los signos de soberanía: el poder militar, el económico, el cultural y, hoy más que nunca, el de la comunicación de masas. Sin embargo, el italiano desea distinguir este nuevo imperialismo, en tanto forma de gobierno mundial, del clásico dominio imperial. En la actualidad, sin Estado-Nación, el Imperio asume las tres características esenciales de la soberanía (militar, política, cultural) y no existe colonialismo sino organización centralizada.

Ante la consulta de por qué llamar imperio a la simple organización hegemónica norteamericana surgida luego

de la caída del Muro de Berlín, Negri responde que, contrariamente a lo que sostienen los defensores de los últimos bastiones del nacionalismo, el imperio actual no es norteamericano, sino que es capitalista, sin banderas, "... del capital colectivo, fuerza ésta que ha ganado la guerra civil del Siglo XX".⁹⁷ Por ello Hardt y Negri expresan que luchar desde el nacionalismo contra el "Imperio" supone una olímpica falta de comprensión de la realidad del "comando supranacional, de su forma imperial y de su naturaleza de clase."⁹⁸ En el "Imperio del capital colectivo" participan tanto los capitalistas norteamericanos como los europeos, así como "aquellos que han constituido sus fortunas sobre la corrupción rusa y también los del mundo árabe, asiáticos y africanos que pueden permitirse enviar a sus hijos a Harvard y sus dineros a Wall Street". Claro que los EE.UU. no rechazan hacerse cargo de la responsabilidad del gobierno mundial pero, continúa Negri, "el poder *monárquico* de la presidencia norteamericana, está fuertemente influenciado por el poder *aristocrático* de las grandes empresas multinacionales, sean financieras o productoras de bienes, así como deben tener en cuenta la presión de las naciones pobres y de los organismos internacionales (en particular la que hace a la defensa de los derechos de los trabajadores), es decir, del poder *democrático* de los representantes de explotados y excluidos".

Concluye que el famoso fin de la historia de Fukuyama, debe referirse a ese equilibrio de funciones "reales", "aristocráticas" y "democráticas", "fijados por una constitución norteamericana ampliada de manera imperial al mercado mundial". Negri no puede dejar de aceptar, sin embargo, que la unificación económica financiera utilizada como instrumento de autoridad del "derecho imperial",

⁹⁷ T.Negri y M. Hardt, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

⁹⁸ T. Negri artículo "L'impire, stade supreme de l'imperialisme", en *Le Monde Diplomatique*, Janvier 2001, Paris.

termina prolongándose, profundizando su control sobre todos los aspectos de la vida como lo hace un imperio tradicional: “El Imperio construye un orden biopolítico porque la producción se volvió biopolítica..., el Imperio desarrolla sus dispositivos de control (sin dinámica de consenso) que involucran todos los aspectos de la vida y los recompone a través de esquemas de producción y de ciudadanía correspondiendo a una manipulación totalitaria de las actividades, de las relaciones sociales y culturales”. La globalización a través de su característica desterritorialización, si bien alienta la movilidad y flexibilidad sociales, también refuerza la estructura piramidal del poder y del control global de un modo irreversible. Marxista, al fin, interpreta que las luchas obreras contra el taylorismo aceleraron la revolución tecnológica que desemboca en la socialización e informatización de la producción, por lo que la constitución del imperio bien podría representar la reacción capitalista a la crisis de los viejos ordenamientos que buscaron disciplinar a la fuerza laboral a escala mundial: “inaugura una nueva etapa de la batalla de los explotados contra el poder del capital; el Estado-Nación que contenía la lucha de clases, agoniza como antes lo hizo el Estado colonial y el viejo Estado imperialista”.⁹⁹

Posmoderno, sin duda, Negri nos sorprende al afirmar que “estamos en el interior del mercado mundial y buscamos ver interpretada aquella imaginación que soñó un día con la unión de las clases explotadas en el seno de la Internacional Comunista; porque asumimos que estamos viendo nacer fuerzas nuevas y rechazamos a los nostálgicos de un reformismo social impregnado del resentimiento de los explotados y de los celos que, comúnmente, recubren la utopía”. El imperio, que representa la organización actual del capitalismo en plena reestructuración después de un siglo de luchas obreras sin precedentes,

⁹⁹ T. Negri, artículo citado.

“sólo podrá ser contestado por luchas masivas e incisivas que logren desestabilizar hasta desestructurar la compleja organización del Imperio... Nuestro libro implica, consecuentemente, un cierto deseo de comunismo”.

La tesis de “imperio” es violentamente contestada desde la izquierda tradicional, siendo una de las más estructuradas la crítica de Atilio Borón,¹⁰⁰ quien comienza criticando que los autores olvidan destacar la inevitable continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo: “La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismo periféricos cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos”. En un momento en que existe una importante movilización antiglobalización, que se extiende (desde Seattle hasta el Foro Social Mundial de Porto Alegre con un breve *impasse* producido por los atentados producidos el 11 de septiembre del 2001 cuyo objeto es poner límites a la regresión social a través del dominio ideológico del imperio sobre los países en desarrollo) a la pérdida de valores ciudadanos en las sociedades de mayor desarrollo económico así como en los PED por igual, al envejecimiento de los regímenes democráticos dominados por el mercado, así como a las decisiones tomadas por los países centrales que afectan miles de millones de vidas alrededor del mundo, particularmente luego del militarismo que se ha vuelto omnipresente en las decisiones internacionales luego del 11 de septiembre de 2001.

Las ideas de Hardt y Negri, al contener “gravísimos errores de diagnóstico e interpretación”, pueden, según Atilio Borón, echar por tierra tanto esfuerzo movilizador democrático. Este catedrático sudamericano señala que el argu-

¹⁰⁰ Atilio Borón es Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Nos referiremos a su libro *Imperio e imperialismo: una lectura crítica de M. Hart y T. Negri*, CLACSO, Buenos Aires, 2002.

mento central de Imperio evidencia una sorprendente similitud con las principales tesis de los ideólogos defensores a ultranza de la globalización y del “pensamiento único”: que se ha extinguido el Estado-Nación y no queda más que resignarse y buscar nuevas fórmulas de adaptación; que la lógica global gobierna indefectiblemente al mundo; que sólo la “multitud” (idea tan ambigua como amorfa y desideologizada), no ya el pueblo organizado, podría desafiar esta ineluctable estructura, no contesta la pregunta central de por qué la ciudadanía debería rebelarse, cómo, y para crear qué sociedad; si el capitalismo en esta fase tardía es criticado por inhumano, opresor, injusto, la crítica se “desvanece en el diáfano aire de la posmodernidad que a falta de claridad aparece totalmente impotente”. En efecto, los autores en cuestión liquidan de un plumazo el proyecto inconcluso de la modernidad y proponen la reivindicación de una democracia de nuevo cuño: la democracia alternativa de la multitud (“nueva, absoluta, ilimitada e inconmensurable”), tan difusa que no les permite identificar los sujetos de semejante proyecto emancipador, ni definir las formas institucionales que debería asumir. Por ello, Borón concluye que difícilmente los luchadores antiimperialistas puedan encontrar en el ensayo Imperio algún argumento realista y persuasivo que ilumine sus pasos o los ayude a comprender lo que está pasando en el mundo.

En todo caso, es nuestra impresión que el texto de Hardt y Negri parecería funcional al actual estado de cosas, ya que ofrece una crítica blanda que descomprime en parte la protesta que ataca el statu-quo del imperialismo reinante (el concepto de multitud de Virno va en el mismo sentido). Apoya nuestra idea el eco elogioso que recibió el libro de parte del *New York Times*, el *Time Magazine* e incluso por *The Observer* de Londres. Coincidimos con Borón en que se constata que “el resultado de esta empresa (el libro *Imperio*)

es ofrecer una visión del imperio tal y como él mismo se observa desde su cumbre” y que si se manifiesta formalmente un compromiso de los autores en la construcción de una sociedad socialista, “el argumento de Imperio no se relaciona para nada con la gran tradición del materialismo histórico”. En efecto, Borón contrasta Imperio con otras obras de autores tales como Samir Amin, Noam Chomsky, Robert Cox o Immanuel Wallerstein.¹⁰¹ Y es que, a nuestro parecer, la tesis del ensayo es de naturaleza contradictoria: el imperio ha emergido y el imperialismo ha muerto, donde no son los mercados los dominantes sino que lo sería la ONU (?). Por lo que a las Naciones Unidas se le otorga un papel sobredimensionado en este nuevo orden mundial, donde su producción jurídica es considerada una verdadera guía ética de gran eficiencia, lo que no es cierto desde ningún punto de vista. En principio, teniendo en cuenta el sesgo elitista del Consejo de Seguridad sobre todo el sistema de la ONU, donde los EE.UU. mantienen una supremacía casi hegemónica, al punto que siempre terminan por legitimar los esfuerzos bélicos norteamericanos, pero además avanzan inusitadamente al afirmar que bajo este nuevo imperio queda legitimado porque responde a valores universales (saliéndose del discurso posmoderno), tesis que destruye la realidad descrita por Borón.

El profesor de Clacso recuerda que Rousseau destacaba que los dominados eran inducidos a creer que la obediencia era un deber moral donde la moderna tiranía, al decir de Tocqueville, no castiga el cuerpo como antaño sino que se ataca directo al alma. En efecto, manipulación (a través de los medios) y control ideológico (permitido por la blanda educación a todo nivel) mostraría que se está

¹⁰¹ S. Amin con *Empire of chaos y capitalism in the age of Globalization*; N. Chomsky con *The conquest continues world orders: old and new*; I. Wallerstein, *The modern world after liberalism*; R. Cox, *Production, power and world order*.

produciendo el cambio que vislumbró Foucault en el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control (auto-control).

Hardt y Negri ven en el imperio una forma evolucionada, del mismo modo que Marx veía en el capitalismo una mejor forma de sociedad y de modos de producción que en los sistemas anteriores a él. Al respecto, Borón destaca que tal aseveración implica que el imperio (como actual orden capitalista mundial) es distinto al capitalismo a secas; “los autores de Imperio ven a este sistema como la superación histórica de la modernidad, época sobre la cual ellos tienen una visión un tanto distorsionada”. Si es verdad que la fase más actual de la modernidad es de naturaleza trágica, no deberían ligarse tan estrechamente los resultados devastadores a cierto protagonismo del Estado-Nación como si éste fuera el único culpable, opina Borón al tiempo que parafrasea a Negri: “el Estado-Nación ha sido condición ineludible para la nación imperialista y el estallido de numerosas guerras y si ahora esa aberración está desapareciendo del escenario mundial, de buenas nos libramos”. También se equivocan cuando afirman que el principal obstáculo que impide la simple “comunicabilidad” de las luchas es la ausencia de reconocimiento de un enemigo en común: “Olvidan que la rebelión chiapaneca del Subcomandante Marcos, las llamadas marchas antiglobalización, los reiterados foros sociales mundiales en Porto Alegre, entre otras manifestaciones, han identificado claramente al neoliberalismo como el oponente a derrota”.

Consideramos que éstas son las objeciones principales de las muchas que hace Borón a la tesis de *Imperio*, sobre las cuales nos resulta difícil no estar de acuerdo. Pero para finalizar con el análisis del libro de Hardt y Negri, que tendría en la actualidad un gran predicamento en ciertos sectores académicos y de la juventud preocupada por nuestro futuro, creemos útil a los fines del presente trabajo hacer

algunas consideraciones extras sobre la lógica posmoderna del capital global que pregonan Hardt y Negri. Esa lógica que enfatiza lo instantáneo, el perfil cambiante de los deseos, el culto al individualismo, el consumo mismo de mercancías e imágenes, la diferencia y la multiplicidad, el fetichismo del dinero y los simulacros, así como la fascinación por lo nuevo es difícilmente contestable en tanto diagnóstico. Sin embargo, cuando Hardt y Negri avanzan al afirmar que esta lógica posmoderna produce cambios en el *marketing* que se diversifica según el *target* de los consumidores a los que apunta, impone una superación de “las antiguas formas modernas de la teoría racista y sexista, que son los enemigos explícitos de esta nueva cultura corporativa”, no podemos coincidir. Concluimos que los autores de *Imperio* creen, al igual que Fukuyama, que la cultura corporativa actual representa una dinámica de emancipación (!), ya que las empresas globales desean incorporar las diferencias culturales “con lo cual maximizan la creatividad y la diversidad en el ambiente laboral”. Basta preguntar ¿y los excluidos del sistema? para mostrar gran parte del inaceptable error que cometen estos autores al alabar el *marketing* neoliberal y posmoderno como si se tratara de una formidable energía vital: como si *marketing* y capital, al movilizarse por la exclusiva atracción del incremento en las ganancias, pudieran tener algún tipo de consideración ética, cultural, social o medioambiental. O que, aun sin tenerlas, pudieran producir algún beneficio en cualquiera de los campos citados. Como en el mundo virtual, todos somos iguales según Bill Gates, vivimos en el mejor de los mundos. Salvo que se trata de un mundo al que accede un mínimo de la población mundial (y sólo podrían disfrutarlo plenamente aquellos que tienen la capacidad inmoral de eludir el más mínimo atisbo de conciencia sobre las misérrimas e inhumanas condiciones en las que vive prácticamente la mayoría de la humanidad).

Para mostrar las nefastas consecuencias de la neoliberal cultura corporativa, tan liberadora según (Hardt, Negri, Fukuyama y Gates), deseamos destacar una publicidad aparecida en las primeras páginas de una prestigiosa publicación internacional (*Foreign Affairs*, referencia obligada de las más altas estructuras gubernamentales, de directivos corporativos, de la prensa internacional y de todo aquel que se considere formador de opinión) por la empresa internacional de seguridad corporativa Guardmarks:¹⁰² sobre el fondo de una foto donde se ven empleados comunes saliendo desordenadamente y cariacontecidos de un edificio de oficinas (podría ser en cualquier capital del mundo occidental, incluida la parte de Asia convertida al capitalismo tardío) donde se destaca un texto que dice: “A loyal employee for 22 years. Last month was off. This morning is come back. No one was ready for him”¹⁰³. Y en letras más chicas: “Workplace violence is a heart-stopping reality, that can happen anywhere, anytime. Even best run companies can be victimized by it... workplace violence costs business billions of dollars annually”.¹⁰⁴

Si Wardmarks publica este aviso en la doble página más importante del prestigioso bimensuario, es decir la más cara, será porque la nueva y liberadora cultura corporativa está provocando una banalización de tremendos hechos de violencia a partir del maltrato a los que estas grandes empresas someten a antiguos empleados leales, cuya pérdida del trabajo representada la pérdida de sí mismos. Es ésta la realidad que nos presentan estos usuales *collateral damages*.

¹⁰² Foreign Affairs Magazine, september-october 2001, vol. 80, number 5.

¹⁰³ Un empleado leal por 22 años. El mes pasado fue echado del trabajo. Esta mañana volvió. Nadie estaba preparado para él.

¹⁰⁴ La violencia en los lugares de trabajo es una realidad inquietante, que puede ocurrir en cualquier parte y en cualquier momento. Incluso las compañías mejor manejadas pueden ser víctima de estos... la violencia en los lugares de trabajo cuesta a las compañías miles de millones de dólares al año.

